

**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TRUJILLO
BENEDICTO XVI**

FACULTAD DE TEOLOGÍA

CARRERA PROFESIONAL DE TEOLOGÍA



**EL SACERDOCIO: UN ENCUENTRO DE AMOR
“EN LA RAIZ DE TODO MINISTERIO SACERDOTAL HAY UN
ENCUENTRO DE AMOR”**

**Tesis para obtener el Título Profesional de Licenciado en
Teología**

AUTOR:

Lazo Salas, Fernando Diojen

ASESOR:

P. Dr. José Luis Villacorta Nuñez

TRUJILLO, PERÚ

2017

DEDICATORIA

A mi familia que es el gran

Tesoro que Dios me ha regalado.

Y en memoria de mi querido y gran amigo

+ Santos Guillermo Plasencia Chávez

que en paz descanse y de Dios goce.

Y a todos mis amigos que son parte de mi historia en este
Camino de alegría.

ÍNDICE GENERAL

EL SACERDOCIO: UN ENCUENTRO DE AMOR

“EN LA RAIZ DE TODO MINISTERIO SACERDOTAL HAY UN ENCUENTRO DE AMOR”

ÍNDICE.....	1
INTRODUCCIÒN	3
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	6
JUSTIFICACIÒN	7
OBJETIVOS.....	7
METODOLOGIA DE LA INVESTIGACIÒN.....	8
CAPÍTULO I: VOCACIÒN Y FORMACION SACERDOTAL	
1. CRISTO SIGUE LLAMANDO A UN ENCUENTRO PERSONAL.....	9
1.1 Signos de la vocación sacerdotal.....	12
1.2 Formación sacerdotal inicial	13
1.3 Formación sacerdotal permanente	15
1.4 Medios comunes y peculiares de la espiritualidad sacerdotal.....	16
1.5 Sentido y finalidad de esa llamada.....	20
2. ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL.....	23
2.1 Presupuestos y principios de una espiritualidad sacerdotal.....	23
2.2 Seguimiento concreto a un encuentro.....	25
3. COMUNIÓN SACERDOTAL	28
3.1 Comunión con la trinidad y con Cristo	28
3.2 Comunión con la Iglesia y comunión jerárquica	29
3.3 Comunión en la celebración eucarística y en la actividad ministerial	30
3.4 Comunión en el presbiterio y el presbiterio lugar de santificación	30
3.5 Amistad sacerdotal, vida en común y la comunión con los fieles laicos	31
CAPÍTULO II: FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DEL DISCIPULADO COMO ENCUENTRO DE AMOR	
1. EN LA SAGRADA ESCRITURA COMO LUGAR DE ENCUENTRO.....	33
1.1 La vocación como llamada a una experiencia de encuentro con Dios	33
1.2 El camino discipular como experiencia de encuentro en el Nuevo Testamento...37	

1.3 La experiencia del encuentro de amor en la misericordia sacerdotal	41
2. EL SACERDOCIO EN LOS PADRES DE LA IGLESIA COMO COMUNIÒN DEL ENCUENTRO.....	44
2.1 El don de la grandeza en el sacerdote	44
2.2 El sacerdote, como hombre es “pequeño”	46
2.3 Necesidad de una “ascesis” constante	46
3. EL CONCILIO VATICANO II COMO ACTUALIZACIÒN DEL ENCUENTRO ..	48
3.1 Cambio de perspectiva y punto del encuentro	48
3.2 La Sacramentalidad del episcopado y presbiterado bajo el carácter sacramental.....	49
3.3 Funciones del sacerdocio ministerial y síntesis de la doctrina conciliar	50
CAPITULO III: HACIA UNA PRAXIS DEL SACRAMENTO DEL ORDEN EN PERSPECTIVA DEL ENCUENTRO	
1. EL SACERDOTE NO DEJA DE SER HOMBRE AL “SER SACERDOTE”	51
1.1 Hacia un modelo antropológico del hombre	52
1.2 Realismo antropológico y pedagógico.....	53
1.3 El amor, motivación fundamental del “ser sacerdote”	54
2. EL VALOR DE LA ORACION COMO EL MEDIO DE AMISTAD EN EL ENCUENTRO DE AMOR.....	56
2.1 Formación en el espíritu de oración.....	56
2.2 Orar como pastores	59
2.3 Algunos recursos generales como puntos de apoyo espiritual.....	60
3. MINISTROS DE LA EUCARISTÌA “EL CENTRO MISMO DEL MINISTERIO SACERDOTAL” EN LA DIMENSIÒN DE LA CARIDAD PASTORAL	62
3.1 La fuente permanente.....	63
3.2 La fuente próxima- eminente e inmediata	63
3.3 La reconciliación como encuentro de amor.....	64
3.4 La caridad pastoral, el sacerdote visto desde el amor	66
CONCLUSIONES	71
BIBLIOGRAFIA.....	74

INTRODUCCION

La alegría de ser sacerdote radica en la experiencia de un encuentro de amor, es decir que en la raíz de todo ministerio sacerdotal hay encuentro de amor, que lo trasciende y lo abarca todo, es más, nos sobrepasa a tal magnitud que nos quedamos demasiados cortos. Esta realidad parte del amor de Dios a los hombres para una transformación nueva en su vida y en la vida de los demás, porque estará al servicio de ellos. La experiencia del encuentro de amor se ve reflejado ya en la historia de la salvación, cuando Dios sale de sí mismo por amor y crea todas las cosas, es una manifestación emblemática para la humanidad tener un hogar y un Padre que nos ama.

Dichosos quienes son llamados a este acontecimiento de amor, de entrega y de belleza que lo desvela todo desde su amor. Es Dios quien da el primer paso y sale al encuentro del hombre por amor, todo lo hace movido por su amor. Es el Dios amoroso, que lo transforma todo para una nueva realidad a la que invita a todos a participar de ella. Es el corazón de Dios que busca al hombre más sencillo para engrandecerle y encargarle una misión en favor de los otros.

El hombre se ve un poco confuso frente a esta realidad porque es un misterio completo. Pero a pesar de su duda el hombre responde inmediatamente, porque quiere conocer esta realidad. La realidad de Dios es puesta a prueba por el hombre, porque acepta conquistar este acontecimiento que se le presenta. El hombre quiere conocer más allá de sus capacidades siempre, pero solo no puede lograrlo; para esto es necesario caminar con quien nos invitó a vivir esta nueva experiencia.

Para toda esta experiencia es necesario hacer un gran recorrido a través del tiempo de Dios y del hombre, porque Dios genera amistad plena y el hombre se enamora de esta realidad inmensa. Esta experiencia es llamada, encuentro de amor en dos corazones para salir en busca de más corazones y conquistar el mundo con el amor. Para esto es necesario portar el corazón obligadamente y sumergirse sin miedo en este pequeño destello de amor manifestado en la locura de un seminarista que quiere ser un pobre cura de pueblo.

Con todo este preámbulo nos sumergimos en esta gran experiencia de amor, que esta manifestado en la vida del sacerdote y que es prácticamente el talante. La realidad de la

experiencia parte desde la vocación, cuando Dios llama a una gran misión, en medio de todo y en todo tiempo.

Por ello afronto el tema del sacerdocio como un encuentro de amor, que gracias a la experiencia de cada día vive su realidad misma de “ser sacerdote” que es la raíz de este encuentro de amor. La vocación es un acontecimiento propio de Dios y de la respuesta del hombre, el autor principal es Dios, es quien llama para esta experiencia. Por ello veremos que partimos de lo más sencillo para llegar a lo más excelso, que es ser feliz cuando se es sacerdote por obra de Dios, tal camino necesita medios y fundamentos que expliquen esta realidad.

El sacerdocio como un encuentro de amor, abarca la historia del hombre llamado para este don. Quien a su vez responde con una libertad plena para este camino de amor. Lo que queremos profundizar es la experiencia de Dios en la vocación sacerdotal, como un encuentro personal que enamora a cada momento. Por ello iniciamos desde la vocación que es un don, su formación que es necesaria y los medios con los que tiene que contar durante toda esta experiencia que tiene como fin ser feliz para transmitir esta felicidad con la alegría de donarse para los demás. En el fondo es una gran experiencia de amor que poco a poco uno se va enamorando a lo largo de los años y ya no quiere que se acabe; por el contrario, desea que permanezca siempre así.

La vocación tiene muchas condiciones, empezando por los signos de esta vocación que poco a poco se va concretizando a lo largo de los años. Toda vocación para esta experiencia necesita ser educada, o mejor dicho, debe ser disciplinada. Para este caso hay medios comunes y formas de llegar con autenticidad a este acontecimiento. Todo contenido guarda un gran significado, de la misma manera la vocación tiene su marco de espiritualidad, en donde se va formando y entrando en contacto con Dios, poco a poco. Después, esto nos lleva a vivir en una comunidad determinada para poder aplicar lo aprendido y manifestar la gracia de Dios, desde este encuentro de amor. Para tener una comunión sacerdotal que será la gran familia en donde nos moveremos y compartiremos todo con todos.

La amistad sacerdotal va más allá del mero hecho de oferta y demanda en una realidad trascendente que viene de Dios. Este acontecimiento se va a ir desarrollando progresivamente desde sus raíces, en donde tendrá mayor solidez para fundamentar esta realidad de la vocación.

Son necesarios para esto los fundamentos que dan sentido y originalidad a la experiencia de la vocación desde la experiencia del encuentro de amor. Donde la alegría tiene lugar primordial, el gozo que está en esa escucha y búsqueda que denota un encuentro de amor personal y comunitario.

Los fundamentos para esta relación son la misma palabra, la comunión entre los mismos sacerdotes y los fieles, la caridad pastoral que describe toda esta realidad. Lo que desvela al hombre para este magnífico don incomparable de servicio es el amor de Dios que todo lo conoce y lo abarca. Nadie queda lejos de su mirada, porque todos estamos llamados a esta experiencia de encuentro de amor que radica en el corazón de Dios.

Ahora bien, intento profundizar esta experiencia de encuentro amoroso entre Dios y el hombre, en especial en la vocación al sacerdocio. Realidad muy enriquecedora y bella, porque Dios sale de sí mismo para ir al encuentro del otro. Hace un servicio especial y llama a participar de este don gracioso de la vocación al sacerdocio. Son las palabras las que sobran frente a esta realidad, porque todo lo trasciende desde la realidad del amor.

El tema propuesto está prácticamente subdividido en tres partes, primeramente quiero reflexionar sobre el significado de la vocación y la formación sacerdotal, con todas las implicaciones que tiene este apartado: la espiritualidad, la comunión sacerdotal y la manifestación de ese amor gratuito. A continuación, en el segundo capítulo quisiera dar fundamento a esta realidad del encuentro de amor del discípulo, partiendo desde la Sagrada Escritura, luego algunos destellos en los Santos Padres y la actualización del encuentro en el Concilio Vaticano II. Y, finalmente, en el tercer capítulo abordaré la praxis del ministerio ordenado, que el sacerdote como especialista minucioso, realizará sin dejar de ser hombre y de vivir una verdadera amistad con Cristo en la fuente y culmen de la vida cristiana que es la Eucaristía, donde todos estamos llamados a compartir la vida para los demás.

El sacerdote debe vivir con mucha alegría su vocación de amor, porque ha encontrado su mayor tesoro gracias a la bondad de Dios. No podemos comprender la vida de un sacerdote si no hay experiencia de un encuentro amoroso con Dios que cada día se va desvelando en su historia personal. Este acontecimiento del amor se da por la voluntad de Dios, de manera que al final podemos decir que: todo es gracia de Dios que lo transforma y lo eleva a otra realidad donde el hombre llega a ser feliz.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

La alegría de ser sacerdote empieza por tener un encuentro de amor con Dios. Hablar del sacerdote..., es un misterio, un gran dilema que necesita ser evaluado actualmente. El sacerdote es el reflejo de Dios que muestra en su persona a un Dios cercano y misericordioso, como consagrado para Él. El misterio de este don trasciende al hombre llamado, por eso uno debe preguntarse: ¿Por qué me hice sacerdote? Esta pregunta es compleja, ya que guarda un secreto divino. Tal signo realmente en nuestra cultura actual busca ser descifrado para un buen testimonio de credibilidad. Este acontecimiento es revelado por uno de los muchos pasos que puede haber: es el acontecimiento del “encuentro de amor” con Dios.

Para hablar propiamente del sacerdote tiene que haber algo, así como una experiencia que descifra esta realidad gloriosa; es como un talante, una fuerza, un ideal, un paradigma o incluso una revelación. Sí, pero no es lo suficiente; hay algo más cercano llamado: “encuentro de amor”. Es la palabra clave para hablar del sacerdote que es un ser muy diferente por la forma de vida que tiene. Actualmente muy discutido y problematizado, pero que guarda una riqueza profunda. Por ello, solo podemos concebir desde la dimensión del encuentro, que se da cuando uno es atraído, atrapado, enamorado y hasta incluso seducido por su amor; de ahí cabe la credibilidad de este misterio profundo, para continuar con esta misión.

Por tanto, los sacerdotes son las luces que brillan en medio de la oscuridad, por la gracia de Dios. Existen muchas dudas que a muchos aquejan, lastiman y crean muchas falacias, que denigran la persona del sacerdote en su dignidad. Eso suele pasar, porque no han tenido esta experiencia radical que cambia su vida, esa experiencia de gloria del encuentro con la persona de Jesús, que forma y transforma por su gracia para una gran tarea. La manera de ver actualmente al sacerdote es como un hombre de Dios, que tiene realmente esa experiencia. Pues para ello se requiere necesariamente esta experiencia, es más, es una exigencia para todos aquellos que son llamados a este camino. Queremos sacerdotes que nos lleven a un profundo encuentro con la persona de Jesús, que es el autor propiamente de este don indescifrable, la felicidad en Dios.

JUSTIFICACIÒN

El sacerdote, para que sea verdaderamente “sacerdote”, es encontrado por Dios. Por ello, debe hacer creíble en la práctica la muestra de credibilidad de lo que es verdaderamente. Por eso la exigencia para ellos es el encuentro de amor con la persona de Jesús, que manifieste y dé un testimonio auténtico de que sí se puede ser sacerdote, por el llamado que Dios hace al hombre. En otras palabras es la vocación, donde alguien llama a este dichoso acontecimiento para salir al encuentro de los demás, para dar la vida, para desvivirse, desgastarse como Jesús lo hizo. Ahora nos llama propiamente para esta obra tan grandiosa y apasionante, como jugarse la vida por los demás.

El acontecimiento del encuentro es la gran dimensión del hombre con Dios. Donde hemos sido llamados para esto, para limpiar las heridas de los demás, hacer que otros brillen no por la obra del hombre, sino todo por la gracia de Dios, que es el secreto mágico de la vocación sacerdotal. Solo somos vasijas de barro en las manos del alfarero como menciona San Pablo, nada tenemos, nada nos llevamos, hemos sido elegidos para ser instrumentos, canales de Dios.

Una vez experimentado este “encuentro de amor” con la persona de Jesús, es tiempo de salir. Es tiempo de empezar la obra en bien de los demás, porque hemos sido llamados para esto; para servir, cuidar, alimentar, proteger, custodiar a todos sin diferencia alguna. La finalidad de este “encuentro de amor” es manifestar el amor de Dios desde la persona del sacerdote que es un instrumento, mas no el fin, es el medio y no la plenitud. El origen de todo es el encuentro con Nuestro Señor Jesucristo, la plenitud de la revelación del Padre.

OBJETIVOS

Valorar que en la raíz de todo ministerio sacerdotal hay un encuentro de amor, que descubre al hombre su sentido ontológico como servicio para los demás desde una teología del encuentro.

OBJETIVOS ESPECIFICOS

- Comprender el sentido profundo del encuentro que hay en la raíz de todo ministerio sacerdotal.
- Valorar la dimensión del encuentro en el ministerio sacerdotal.
- Vivir la categoría del encuentro con Dios porque el sacerdote como ministro, es generador del encuentro entre Dios y los hombres.

METODOLOGÍA

Este trabajo está perfilado mediante una metodología descriptiva, explicativa y vivencial. Los fundamentos germinan desde la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, además algunos escritos teológicos con testimonios que avalan dicho contenido. El esquema fundamental es tripartito, es decir: en tres capítulos, tres temas por capítulo y algunos subtemas en los capítulos. En el *Primer capítulo*, la vocación y formación sacerdotal; Cristo sigue llamando a un encuentro personal, la espiritualidad sacerdotal y la comunión sacerdotal. En el *Segundo capítulo*, fundamentos teológicos del sacramento del orden en la perspectiva de una teología del encuentro, en la Sagrada Escritura como lugar de encuentro, en la Tradición y en el Magisterio de la Iglesia como actualización de ese encuentro. En el *Tercer capítulo*, hacia una praxis del ministerio sacerdotal en perspectiva del encuentro de amor, en el sacramento de la eucaristía y la reconciliación, puntos de apoyo espiritual y la caridad pastoral. Todo esto será desarrollado desde la teología del encuentro que describe la belleza de Dios manifestado en su amor por el hombre.

CAPÍTULO PRIMERO

VOCACIÓN Y FORMACIÓN SACERDOTAL

1. CRISTO SIGUE LLAMANDO A UN ENCUENTRO PERSONAL

“Educa al muchacho al comienzo de su camino, que luego, de viejo no se apartará de él”¹, para empezar debemos saber qué significado tiene la palabra “vocación”, a saber: vocación, del latín (*vocatio, -onis*), es la acción de llamar, inspiración con que Dios llama a algún estado. Se trata de alguien que ha sido tomado y puesto en favor de los hombres por Dios en un camino, cada uno de ellos trae auestas una historia personal. Son irrepetibles, auténticos, únicos. Pero en el fondo hay algo más grande porque surge el acontecimiento del encuentro con Dios, en su amor.

Los candidatos al sacerdocio y en su formación han sido “tomados” por Dios. Ellos han sido llamados a las puertas del sacerdocio de modo consciente y libre, pero en realidad ahí no están por iniciativa propia. *“y nadie se arroga a tal dignidad, a no ser que se llamado por Dios, como Aarón”²*. La vocación no depende del gusto ni mucho menos de lo que se pueda ganar, es exclusivamente fruto de un “encuentro” personal con nuestro Señor, que poco a poco se va aclarando a medida que uno va avanzando, es un continuo encuentro. Uno se enamora por ser llamado a servir a los demás, es un sacramento vivificante y edificante que transforma al hombre para la alegría de ser discípulo de Cristo.

La llamada es una iniciativa de Dios, es una llamada viva, profunda, que lo cambia todo para algo mejor, para que conozcas a alguien personalmente y puedas anunciarlo en medio de su pueblo. Por eso, en cada uno de los que perciben la llamada al sacerdocio se repite la historia de aquellos discípulos a quienes Cristo afirmó de modo rotundo: *“No me habéis elegido vosotros a mí; más bien os he elegido yo a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto sea duradero; de modo*

¹ Pr 22, 6

² Hb 5, 4

que todo lo que pidáis al Padre él os lo conceda”³ Es una voz de cada día que comunica Cristo a los que él quiere, es un “sígueme” cada día a una aventura de profundo encuentro con Dios.

No es una elección funcional y fría. Es una declaración de amor, “*subió al monte y llamó a los que él quiso. Cuando estuvieron junto a él...*”⁴. Cristo, al llamar, llama desde el amor, con amor y para el amor, es sin duda una triple dinámica que se entiende desde un encuentro personal que vivifica la relación de amor. Cuando menciona en el cenáculo: “*si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero el mundo os odia porque no sois del mundo, pues yo al elegiros, os he sacado del mundo*”⁵ Esta relación de amor tiene una serie de luces y reclamos, que va dejando caer, gota a gota, silenciosa y amorosamente en lo íntimo de la conciencia y del corazón del elegido. Es decir, se van dando los primeros pasos a través de breves destellos de esta maravilla que sin duda abarcará al final toda su vida en un gran misterio indescifrable. Su manera de vivir no será como la de gente común y corriente, será, por el contrario, luz para el ciego y báculo del pobre. Estamos llamados a ser otros Cristos, desde la experiencia de su amor.

Pero esta declaración de amor requiere una respuesta de amor por parte del elegido. Dios al llamar respeta en su integridad al hombre. Dios crea inquietudes, sugiere, prepara el alma del joven, llama suavemente, originalmente y quiere que la respuesta también sea con plena libertad y con amor auténtico. Por eso, la conciencia de la vocación debe abrir camino en el corazón del joven que la escucha, profundizar el pensamiento, el sentimiento y, sobre todo, la voluntad del sujeto para poder ver su integridad moral. Por ello, se habla de que cada vocación es un auténtico encuentro de amor entre Cristo y un hombre. Desde el principio Dios llama por amor a los hombres para ser faro en medio de las tinieblas del mundo.

Veamos la elección de Abraham, “el señor dijo a Abran: *vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti hare una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y se tu una bendición*”⁶. Es prácticamente la locura del amor de Dios para el hombre, ¡Dios invita no obliga!, Dios es quien sale primero a nuestro encuentro, con su mirada y sus palabras.

³ Jn15, 16

⁴ Mc 3, 13-19

⁵ Jn 15, 19

⁶ Gn 12, 1-2

Dichosos nosotros porque somos los afortunados para esta misión: “...después de esos sucesos, el Señor dirigió la palabra a Abran en visión en estos términos: no temáis, Abran. Yo soy para ti un escudo. Tu premio, será muy grande. Contestó Abran: mi Señor, ¿Qué me vas a dar, si me voy sin hijos...? continuó Abran: no me has dado descendencia, hasta el punto de que un criado de mi casa me va a heredar. Pero el Señor le respondió: no te heredara ese, sino uno saldrá de tus entrañas. Y sacándole afuera, le dijo: mira el cielo; cuenta las estrellas, si puedes. Después le dijo: mira el cielo cuenta las estrellas, si puedes. Después le dijo: así será tu descendencia. Y creyó Abran en el Señor, que se lo reputo por justicia”.⁷

La actitud de uno que está llamado a un encuentro personal, es la de tener una experiencia íntima, con el Padre, donde el amor es descifrado por Jesús quien salió primero a nuestro encuentro. Responder a este encuentro solo se puede entender desde la relación íntima. Vivir y testimoniar desde ese encuentro personal renovado y profundizado constantemente con Jesucristo. El encuentro con Jesucristo es la respuesta a la última y profunda pregunta que nos planteamos los seres humanos: la pregunta por la vida y la felicidad que solo tenemos finalmente en Dios. La realización de la felicidad radica en Dios que sale al encuentro del hombre.

La vocación debe vivirse desde el primer momento de este encuentro con Cristo; es decir, el discípulo tiene que orientarse por la fuerza del Espíritu, con la cual quiere hacer propio el ideal de vida que la vocación le presenta. El hombre siempre se mueve por motivos, nadie escapa de esta realidad, ya que todo acto de voluntad tiene un contenido y está orientado hacia un fin mediato o inmediato. Desde luego que la vocación necesita de una motivación seria y profunda, ya que la llamada es de manera diferente para todos. ¿Qué puede motivar suficientemente a un candidato al sacerdocio? para entregarse de lleno y perseverar en este camino. La vida sacerdotal, por tanto, la formación para ella, se desarrollan en un ámbito diverso, consecuentemente por motivaciones diversas, por los valores que nada tienen que ver con el mundo y sus atractivos. Por ello el que se prepara para el sacerdocio ha sido llamado a una misión de servicio para los demás, de entrega.

Por lo tanto, la vocación es un don gratuito para ponerlo al servicio de los demás, es vivir permanentemente en un estado de encuentro con Dios.

⁷ Gn 15, 1-6

1.1 Signos de la vocación sacerdotal

Los signos o señales de la vocación al sacerdocio se manifiestan de modo objetivo- externo en la vida ordinaria. Cabe pensar que la voz del Señor que llama, llegue de una manera extraordinaria a los oídos del futuro presbítero. Al contrario, debe ser entendida y diferenciada por los signos que cotidianamente dan a conocer a los cristianos prudentes la voluntad de Dios. Es decir, deben estar claras las motivaciones iniciales del ¿por qué? uno se hace sacerdote. Se trata de ver la motivación esencial que en principio es dada por Cristo, desde la voluntad del Padre. Uno de los signos del llamado, es la recta intención que tiene el joven de seguir este camino, ya que es el signo por el que el joven se siente llamado al sacerdocio, dado que al final ellos responden de manera genérica del por qué quieren seguir este camino.

En la vocación sacerdotal la recta intención es el primer signo que irá aflorando durante un lapso prudente de tiempo a modo de disponibilidad, y al servicio de los demás. En otras palabras querrá asemejarse cada día más a Cristo por el mismo hecho de ser llamado a algo más grande que una mera funcionalidad de cargo.

El segundo signo es la libertad de decisión, ya que es una señal imprescindible para la vocación. Cuando hablamos de esto implica dos cosas que están muy relacionadas con ello. Primera la motivación, segundo el equilibrio y madurez psicológica. No debemos confundir la libertad de decisión con la madurez psicológica cosa que nadie posee. Se requiere de una madurez psicológica relativa para que haya una decisión libre, cuando la persona ha tomado la decisión con serenidad, prudente y el asesoramiento de los educadores o formadores.

Y el tercer signo de la vocación sacerdotal es la idoneidad, que consiste en un conjunto de cualidades que corresponden a la vocación sacerdotal y al ejercicio del ministerio. Estas cualidades son intelectuales, culturales, humanas, morales. La idoneidad corre a la par con estos momentos y no se puede exigir desde el principio la idoneidad requerida para el momento de ordenarse porque implica un proceso de crecimiento.

Todas las cualidades sacerdotales giran en torno a una actividad profundamente relacionada con Cristo, a partir de un encuentro periódico con Él y en vistas a participar de su misma misión evangelizadora. *“...con atención semejante han de fomentarse los gérmenes de la vocación de los adolescentes y de los jóvenes en los institutos especiales*

*que, según las condiciones de lugar, sirven también para los fines de Seminarios Menores... ”.*⁸

1.2 Formación sacerdotal inicial

La vocación sacerdotal necesita una formación adecuada desde sus comienzos. El don de la vocación debe pedirse y cultivarse. Dios es el autor de las vocaciones para cada época y para cada comunidad, pero da también los medios suficientes para prepararlos, recibirlos, cultivarlos y perfeccionarlos en su amor.

*“...los fieles todos, de cualquier condición y estado de vida que sean, fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a aquella perfección de santidad por la que el mismo Padre es perfecto ”.*⁹

Pero *“el deber de fomentar las vocaciones afecta a toda la comunidad cristiana”*¹⁰. Esto quiere decir que desde el principio la vocación tiene que ser asumida como un regalo precioso de Dios, ya que es una gracia lo que recibimos no por nuestros méritos sino por el gran amor de Dios que nos conoce desde siempre. Esta gracia es profunda y muy honda para el hombre ya que no puede comprenderlo, en el fondo guarda un gran misterio porque es incomprensible para el hombre, pero tiene un significado insondable.

La pastoral vocacional se encuadra dentro de la pastoral de conjunto, es decir, en relación con la pastoral juvenil, familiar y educativa *“son lugares privilegiados de la pastoral la Iglesia particular, la parroquia, las comunidades de base, la familia, los movimientos apostólicos, los grupos y movimientos de juventud, los centros educacionales, la catequesis y las obras de vocaciones”*¹¹. Por ello hay que armonizar y coordinar los esfuerzos en dicha obra desde sus bases para afianzar la vocación del elegido a un encuentro permanente y transparente con Jesús de Nazaret, el Cristo.

Ya en el seminario los candidatos deben recibir una formación integral de verdaderos pastores. Se trata de una preparación para prolongar el encuentro con la palabra, la acción salvífica, y la acción pastoral de Cristo, donde se manifestará en la

⁸ Concilio Vaticano II, Optatam Totius. Nº 3

⁹ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium. Nº 11

¹⁰ Concilio Vaticano II, Decreto sobre la formación sacerdotal, Optatam Totius. Nº 2

¹¹ Documento conciliar de Puebla. Nº 867

respuesta permanente a ese encuentro íntimo y trascendente. El candidato deberá tener una experiencia en carne propia del misterio de Dios, para dar una respuesta coherente a su llamado y al sentido de su vida, porque es llamado a la felicidad con la luz de Cristo, desde ese gran encuentro que lo penetra todo.

La formación para el sacerdocio abarca pues, todos los aspectos de la vida del seminario.

- Espiritual: amistad, encuentro con Cristo, a partir de la escucha y meditación de la palabra y la eucaristía, prácticas de virtudes cristinas, humanas y sacerdotales.
- Disciplinar: o de convivencia, como vida de fraternidad y de familia, una vida en comunión y encuentro con los demás donde se puedan crear vínculos de amistad y compenetración.
- Intelectual: y cultural, centrada en la experiencia del conocimiento desde el misterio de Cristo.
- Experiencias pastorales: es ya propiamente la experiencia de compartir con los demás lo que se vive con alegría, donde exista un nivel profético, litúrgico y organización a la caridad amorosa sin medida.

Por ello, el seminario es pues el centro privilegiado como “*corazón de la diócesis*”¹², para el candidato a este encuentro, donde debe cultivar los primeros gérmenes. Por eso, el proceso formativo deberá tener en cuenta las señales de vocación, la recta intención, voluntad libre, idoneidad o cualidades, para ir madurando la personalidad humana, cristiana y sacerdotal. En definitiva, el seminario es el semillero de las vocaciones, ya que es hogar de oración, reflexión, fraternidad y compromiso personal y comunitario.

La personalidad humana, cristiana y sacerdotal es un desarrollo armónico y progresivo de criterios. Donde existen escala de valores y actitudes, de suerte que el candidato aprende a vivir en sintonía con el modo de pensar, sentir y amar de Cristo Sacerdote y Buen Pastor.

¹² Concilio Vaticano II, *Optatam Totius*. Nº 5

1.3 Formación sacerdotal permanente

Esta formación corresponde a los diversos periodos de la vida posterior a la ordenación sacerdotal. De un modo o de otro, han existido siempre retiros, ejercicios espirituales, conferencias, casos de moral, especialización, concursos. Pero la necesidad y actualización es la de ser hombres del encuentro. Quienes generen encuentros desde los detalles de la vida hasta la configuración con Cristo mediante la sacramentalidad de su misma vida como un testimonio claro y viviente del Evangelio.

El Concilio Vaticano II indicó la necesidad de esta formación permanente, señalando unas directrices generales:

*“La formación sacerdotal, sobre todo en las condiciones de la sociedad moderna, debe proseguir y completarse un después de terminados los estudios en el seminario. Por ello, a las conferencias episcopales tocará servirse en cada nación de los medios más adecuados, tales como los institutos pastorales..., donde todo debe estar bajo el aspecto espiritual, intelectual y pastoral, en la vida y en la actividad apostólica y le capacite para renovarlas y fomentarlas cada día más”.*¹³

La responsabilidad primera y más importante respecto a la formación permanente recae sobre el mismo sacerdote, también en cuanto que debe colaborar a la formación de los demás hermanos. La vida comunitario o de equipo, según la diversas posibilidades, será un privilegio para colaborar en todo lo que se organice. Uno de los momentos en los que más se necesita la formación permanente es durante los primeros años de sacerdocio. El sacerdote necesita encontrarse en espíritu de familia dentro del presbiterio, por ello es necesario un sacerdote libre para poder atender a los hermanos.

El riesgo fundamental más olvidado es la formación de la teología espiritual, el sacerdote debe conocer teológicamente y vivencialmente todo el proceso de la vida espiritual. Donde pueda desarrollar y potencializar su experiencia cada día mostrando interés por este encuentro desde la oración que es el manantial de la vida espiritual, donde tiene su fuente en Dios trino. Lo que necesita el sacerdote es una formación profunda para vivir el seguimiento evangélico en forma de vida apostólica en el presbiterio, donde

¹³ Concilio Vaticano II, Optatam Totius. Nº 22

muchas veces se ha reducido la formación espiritual del sacerdocio a niveles ordinarios de poca exigencia donde no hay profundidad a nivel de contemplación.

Se quedan en el foro externo donde todo es pasajero y muchas veces sucede porque es muy tedioso hacer oración de verdad, estar con Él, donde nada ni nadie pueda perturbar ese momento de encuentro. La formación permanente debe, por tanto, privilegiar este campo de perfección sacerdotal para poder renovar el presbiterio y potenciar toda la acción evangelizadora desde el encuentro verdadero con Dios quien es autor de esta obra.

1.4 Medios comunes y peculiares de la espiritualidad sacerdotal

La relación del sacerdote está en relación con sus ministerios: “*conseguirán de manera propia la santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo*”¹⁴. Es una actitud personal del sacerdote que el concilio vaticano II califica “*unidad de vida*”¹⁵ o de unión con los sentimiento de Cristo. Necesita unos medios para poder adecuar su modo de vivir, es en el fondo tener unas directrices para no desorientarse en el camino y, al final, evaluar dónde se es débil y poder superar esta situación.

Al hablar de medios comunes y peculiares, nos abocamos en la relación íntima que tiene el elegido de manifestar esa llamada de una manera singular, donde existe la propia expresión de cercanía y confianza plena en Jesús. Él es el autor de esta vocación, donde la espiritualidad ha de ser histórica y trascendente que nos lleva a un verdadero encuentro real con Nuestro Señor para dar a conocer mediante nuestro testimonio de vida. Esa vivencia transformadora con Jesús en la oración, se realiza bajo su gracia que se manifiesta en los diversos medios que nos unen más a Jesús para donarnos a los demás como Él lo hizo, entregar la vida a Dios, en Dios y para los hermanos.

Sin embargo, por más que el Reino de Dios y la acción del Espíritu trasciendan las dimensiones de lo empírico, el sacerdocio religioso no es puramente *espiritual*; se trata, por eso, de poner en este mundo, aquí y ahora, signos visibles del Reino que anticipen e iluminen el futuro reinado de Dios. Tales anticipos son algo concreto, sensible y personal, es decir, convivir con las circunstancias de la vida y en la vida, sin despegarnos del mundo pero tampoco dejándonos arrastrar por el mundo. Existe en todo caso la reciprocidad de nuestra historia con la gracia de Dios, donde se manifiesta el don maravilloso de la

¹⁴ Concilio Vaticano II, *Presbiterorum Ordinis*. Nº 13

¹⁵ Concilio Vaticano II, *Presbiterorum Ordinis* Nº 18; CIC., can, 125ss.

vocación. Es un regalo al hombre elegido, tal vez como un regalo inmerecido, pero fascinante que está al servicio de los demás.

El sacerdote se desarrolla ante todo y radicalmente, en el seguimiento de Jesús, como discípulo alegre y servidor. El “hombre de Dios” para los hombres, uno que esta poseído por el Reino de Dios y se pone a su servicio específico, alguien como amigo de Cristo, se deja enviar por él y difunde el Reino por encargo suyo. “*vosotros seréis mis amigos hacéis lo que yo os mando*”¹⁶, en concreto misión, es invitación personal a la obra de Cristo por el Espíritu Santo en la persona del sacerdote.

Lo que le hace diferente, único, original al sacerdote es el ministerio y la santidad con el “carácter indeleble” compromiso permanente de Dios y el “signo de humildad” del hombre. “Como signo e instrumento del Señor presente en su Iglesia y que obra eficazmente, el ministerio tiene el mismo centro y objeto que define la persona y la obra de Cristo”.¹⁷ Es decir, no depende exactamente de la persona del sacerdote, sino de la gracia que es conferida, que remite a la obra salvífica de Cristo, donde no vincula al talento del ministro. Eso implica que la ordenación objetiva del ministerio hace que la comunidad no se ate a la persona del ministro, sino al Señor. Por ejemplo, así como la ventana de una casa no es un obstáculo entre el sol y la habitación, sino que permite en su transparencia el contacto entre la claridad del día y a la oscuridad interior, el sacerdote tampoco debe interferir entre Dios y su pueblo, sino que su “centralidad” ministerial debe facilitar la inmediatez de la relación mutua.

Esto, por lo tanto, implica que el ministro reciba una capacitación de Cristo que le permita actuar en su lugar y remitir a él en representación sacramental que no está ligada a la realización personal-existencial del sacerdote, sino a su ministerio, es decir a la vocación, ordenación, y misión. El punto central donde el sacerdote tiene un encuentro de amor real y viviente con una persona. Es un vivir para Dios, no como obligación, sino simplemente, porque es el amor quien lo transforma, lo humaniza.

En la Tradición de la Iglesia esta capacitación prestada por la ordenación se llama “*carácter indeleble*”, porque se basa en la promesa inquebrantable y en la voluntad definitiva de Cristo, comunicar su obra salvífica mediante el servicio ordenado, dado que esto proviene de Dios conforme a la frase de San Pablo: “*pues nosotros no podemos*

¹⁶ Jn 15, 14

¹⁷ G. GRESHAKE, *Ser sacerdote, sígueme*, Salamanca 1995

atribuirnos cosa alguna, como si fuera nuestra, ya que nuestra capacidad viene de Dios".¹⁸ El pecado y el fracaso del hombre no pueden extinguirla ni destruirla. Esto no significa que el "*carácter sea de algún modo una exaltación para el sacerdote o un estado privilegiado frente a la comunidad; sino que desde los orígenes significa la interdependencia de sus funciones ministeriales con respecto a su situación personal ante Dios*".¹⁹

Si el servicio pastoral dependiera de la santidad personal, con frecuencia el sacerdote se vería totalmente incapacitado para realizarlo y esto afectaría a su ministerio. Por eso la doctrina del carácter indeleble no es una doctrina sobre la primacía del ministerio sacerdotal sobre los laicos. La Iglesia puede confiar en la promesa de Cristo a pesar de los ministros pecadores y deficientes: Él mismo está próximo a su Iglesia en la acción de las personas investidas. Por tanto el carácter conferido en la ordenación es un "signo de humildad para recordarle constantemente que no tiene poder para destruir la obra de Cristo y la existencia de su Iglesia"²⁰. Pero es lo que le permite asumir un ministerio eclesial sin presunción, pero también sin angustia ni turbación. Es la ordenación, es decir, la habilitación por Cristo, lo que confiere esa santidad necesaria para la acción sacerdotal. En este sentido el ministro, considerado objetivamente santificante, representa a Cristo en las acciones sacramentales independientemente de la santidad personal.

Ya que fue San Agustín quien aclaró en la controversia donatista de los siglos IV y V que las funciones del ministro tienen eficacia por medio de Cristo aun sin la santidad personal del ministro. Agustín reitera el ejemplo del bautismo en innumerables variaciones: "*no importa que bautice Juan o Judas: siempre es el bautismo de Cristo. Los bautizados por un ebrio, por un asesino, por un criminal, fueron bautizados por Cristo si era el bautismo de Cristo. Yo no temo al criminal ni al ebrio, ni al asesino, porque miro la paloma que me dice este es mi hijo*"²¹. Dicho de otro modo es Cristo quien actúa por medio del sacerdote.

¹⁸ 2Cor 3, 5

¹⁹ Conferencia episcopal alemana, el ministerio sacerdotal. Estudio bíblico-dogmático, Salamanca 1970, n°33(p. 81).

²⁰H.U von Balthasar, *Character indelebilis* 1972. P. 19

²¹ Agustín, comentario al Evangelio de San Juan. V, 18 (CC 36, 51) ideas similares se encuentran en la teología oriental. Así San Juan Crisóstomo señala que un sacerdote indigno sigue siendo administrador de la gracia de Dios: ¿es indigno? ¿Qué importa eso? Dios se sirvió de los bueyes para rescatar a su pueblo. No es la conducta del sacerdote ni su virtud lo que hace tales cosas. Todo es gracia. El sacerdote solo tiene que abrir la boca. Es Dios quien lo hace todo. Aquel pone únicamente el signo. El sacrificio es igual que si

La Sagrada Escritura muestra de muchas maneras que Dios llama a personas a su servicio y les confía tareas. “*subió al monte y llamó a los que él quiso...creó a los doce: a Simón, a quien llamo Pedro; a Santiago el de Zebedeo y a Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso por nombre Boanerges, es decir hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el cananeo y Judas Iscariote, el mismo que le entregó*”.²² Siempre que la Palabra de Dios quiere manifestarse en el hombre requiere el sí personal del llamado.

La santidad del sacerdote viene a ser de hecho, uno de los motivos de credibilidad, para el creyente. Ahí es donde el pueblo pone su fe, es la figura de Dios, por no decir que la fe del creyente se enciende con la mirada al sacerdote que es el medio y no el fin. De este modo, solo se puede realizar desde la experiencia del encuentro con Cristo: en la oración con la Palabra de Dios, en los sacramentos, en la Lectio divina, el director espiritual, la meditación, la reflexión, la caridad por el otro. De ahí brilla como el sol para muchos que quieran creer en Dios, porque están viendo la persona de Cristo vivo en el sacerdote. No es Cristo, es el instrumento de Cristo en la tierra y para el mundo entero. En este caso existe la unidad de misión ministerial y santidad personal, ya que es una motivación específica y en concreto una figura específica de su espiritualidad, que trasciende con el contacto divino, para un mejor servicio al pueblo de Dios.

Esta entrega implica que sea de por vida, es decir, la vocación es esencialmente de por vida, de donación por el otro. Esta entrega implica un profundo encuentro exigente que lo es todo para quien es llamado a servir a los demás, sin quitar las debilidades del hombre. Es la gracia de Dios que va transformando cada día en el encuentro cotidiano, sin dejar de lado que es un encuentro agraciado, dichoso y beatificante. Esto no deja de lado la unidad de misión y existencia que hemos analizado en esta sección. Significa en concreto: primero, que el perfil del sacerdote es el seguimiento específico de los discípulos; segundo, que su representación de Cristo objetivo-sacramental debe hacerse en forma de servicio humilde; y tercero que su vida transcurra en una tensión entre la convivencia y la diferencia por ser consagrado de Dios.

Como todo fiel el sacerdote necesita poner en práctica los medios comunes de santificación. Al mismo tiempo, estos medios ayudan a vivir los ministerios sacerdotales

lo hubiera realizado el mejor, Pedro o Pablo. Un sacrificio no es menor que otro, ya que no son las personas las que lo hacen santo sino aquel que confiere la santidad. (Lc 10, 16)

²² Mc 3, 13- 15; Mt10, 1-4; Lc 6, 12-16

en el Espíritu de Cristo: *“para fomentar la unión con Cristo en todas las circunstancias de la vida, aparte del ejercicio consciente de su ministerio, gozan los presbíteros de medios comunes y particulares, nuevos, antiguos, que el Espíritu santo no deja nunca de suscitar en el Pueblo de Dios, y la Iglesia recomienda, y hasta manda también algunas veces para la santificación de sus miembros...”*²³.

El Concilio Vaticano II en el decreto sobre la formación sacerdotal señala algunos medios de santificación que son comunes en toda vocación cristiana: *“la formación espiritual ha de ir íntimamente unida con la doctrinal y pastoral; y con la cooperación, sobre todo, del director espiritual...puesto que han de configurarse por la sagrada ordenación a Cristo sacerdote, acostumbándose a unirse a Él como amigos, en íntimo consorcio de vida...Enséñeseles a buscar a Cristo en la meditación de la Palabra de Dios, en la íntima comunicación con los sacrosantos misterios de la Iglesia, sobre todo en la Eucaristía y en el oficio divino...aprendan más bien los alumnos a vivir según el modelo del Evangelio, a fundamentarse en la fe, en la esperanza y en la caridad...”*²⁴

Entre todos los medios comunes y particulares de santificación destaca el de la oración como actitud de amistad y de relación personal con Cristo. La actitud relacional se ejercita de modo especial en la meditación de la palabra y en el trabajo amistoso con Cristo presente en la Eucaristía. Existe la comunión espiritual donde hay la capacidad de crear la fraternidad sacramental en el presbiterio como una familia que se ama y ama también sus debilidades como fortaleza en medio de las crisis que son talentos para volver a levantarse, una y muchas veces más.

1.5 Sentido y finalidad de esa llamada

*“A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida la gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo”*²⁵ Por tanto, deben ser valoradas y cultivadas con toda solicitud pastoral, para que puedan florecer y madurar. De las diversas vocaciones que existe en el pueblo de Dios, la llamada al sacerdocio ministerial convoca *“El deber de fomentar las vocaciones pertenece a toda la comunidad de los fieles, que debe procurarlo, ante todo, con una vida totalmente cristiana; ayudan a esto, sobre todo, bien sea las familias, que llenas de espíritu de fe, de caridad y de piedad, son como el*

²³ Concilio Ecuménico Vaticano II. Presbiterorum Ordinis. Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros Nº 18. P.

²⁴ Concilio Ecuménico Vaticano II. Optatum Totius. Decreto sobre la formación sacerdotal Nº 8. P. 403

²⁵ Ef. 3,8

primer seminario, bien sea las parroquias de cuya vida fecunda participan los mismos adolescentes...”²⁶ y al unirse a él son pastores de la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios. Esta vocación se manifiesta en diversas circunstancias, en relación con las distintas fases de la vida humana, y se aprecia a lo largo de experiencia de la Iglesia.

La vocación al sacerdocio ministerial se inserta en el ámbito más amplio de la vocación cristiana bautismal, mediante la cual el pueblo de Dios constituido por Cristo. A través de una comunión de vida, de amor y de unidad, es asumido también como instrumento de redención universal enviado a todo el universo. Por ello, la misión de la Iglesia consiste en “*cuidar el nacimiento, el discernimiento y el acompañamiento de las vocaciones, en especial de las vocaciones al sacerdocio*”²⁷. Ella como madre tiene una preocupación inmensa por los pastores de su pueblo, de esta manera en cada diócesis, región o nación debe establecerse centros para las vocaciones como célula fundamental.

La Iglesia particular es el corazón que se enamora de su pueblo y se atreve a ir en busca de los más necesitados, para un servicio que parte desde el corazón de Jesús. Ya que la pastoral vocacional es el ministerio más difícil y delicado, por el mismo hecho de que es un don, una gracia que requiere cuidado especial desde su nacimiento hasta su muerte. Es una tarea difícil, pero apasionante porque es salir, buscar, tocar, llamar, gritar y despertar aquella vocación maravillosa que se esconde en los agraciados de Dios, es obra del Espíritu Santo que paso a paso se va desarrollando y al madurar tienen que dar frutos abundantes.

Creemos que sin ministerio sacerdotal, la Iglesia no estaría en temperatura carismática, para que el Espíritu Santo sembrara en ella sus carismas. Por esta razón, el presbítero es un carisma originario. Haciendo una pequeña comparación decimos que la misión del sacerdote es la del director de coro que articula y empasta, sin homogenizarlas, voces y cuerdas de timbre diferente. De ahí que el ministerio sacerdotal conlleva, un testimonio de vida que suscita vocaciones; de ella se desprende algunas actitudes por las cuales entra el deseo de servir. La alegría de una vida sacerdotal sorprende y hace pensar también en los jóvenes de su entorno.

La alegría es vivir centrado en la misión, es la capacidad de encajar deportivamente las dificultades y los contratiempos. Es la aptitud para infundir ganas de vivir. Es la virtud

²⁶ AAS. Concilio Vaticano II, Decreto Optatum Totius, nº 2 (1966), 714-715

²⁷ SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis*, n. 34: AAS 84 (1992).

de despertar en la gente lo mejor de sí misma y de amortiguar lo peor que lleva dentro. La proximidad a los jóvenes es también una actitud imprescindible, es el trato frecuente y familiar con los jóvenes que les genere confianza a pesar de sus grandes lagunas y que se les ama, por encima de todo. Junto al amor es necesaria la esperanza que lo envuelve todo y gracias a ella existe el conocimiento de la experiencia del encuentro con Cristo.

Vivimos en tiempos de gracia en un mundo que cambia, el fin de esta vocación es la santidad que se da gracias a ese encuentro de amor. En la realización de amor con Cristo en la oración cotidiana. Es un camino que tiene una forma espiral que inicia en el misterio y acaba con el misterio encubierto porque vives con ella toda tu vida. He aquí el detalle del encuentro personal: es personal. Cuánto miedo existe a este encuentro, hay un cierto temor por ser descubiertos por Cristo, sobre todo por su amor que nos desnuda y nos transforma en su misma imagen de Hijo para el servicio de los demás, es una entrega total, sin mediada, incluso hasta se puede llamar una entrega oblativa.

EL hombre actual quiere ver, medir, experimentar, pero en el fondo no deja de pedir espiritualidad: *“en realidad, tan solo en el misterio del Verbo se aclara verdaderamente el misterio del hombre. Adán, el primer hombre, era, en efecto, figura del que había de venir, es decir de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación. Nada extraño, por consiguiente, es que las verdades, antes expuestas, en Él encuentren su fuente y en Él alcancen su punto culminante”*²⁸. El hombre es explicado por el mismo Hombre, el Hijo de Dios.

El hombre que comienza a delinearse en nuestra historia es un ser profundamente relacionado con todo los hermanos, con todos los pueblos y con el universo entero. Este hombre encontrará su identidad si se abre a la trascendencia. Y esta apertura reclama testigos de Dios vivo y signos transparentes del Buen Pastor²⁹.

La espiritualidad cristiana y sacerdotal es, pues, camino de Iglesia sacramento y pueblo de Dios, por la fidelidad a la palabra, la vivencia y celebración del misterio pascual de Cristo, al servicio del hombre en el mundo y en la historia.

²⁸ Concilio Vaticano II. Documento Gaudium et Spes: *constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo de hoy*. Nº 22. P. 185

²⁹ Documento de la Conferencia Episcopal Española: *testigos del Dios vivo, identidad y misión de la Iglesia*, Madrid, PPC 1985; *los católicos en la vida pública, instrucción pastoral*, Madrid, PPC 1986.

2. ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

2.1 Presupuestos y principios de una espiritualidad sacerdotal

“*El núcleo de la existencia sacerdotal, ministerio y santidad, la santidad como servicio a los demás, de por vida*”³⁰ Es justamente su espiritualidad concreta que viene del Espíritu Santo, mas no de una idea o una imaginación. Siendo el sacerdote, según la Escritura y la Tradición, representante, delegado, manifestación de Jesucristo y basándose su ministerio en una vocación y misión especial confiada por el Señor de la Iglesia, el ministro debe buscar la orientación y el paradigma en Jesucristo. En Él se da la figura radical de todo sacerdocio.

De ahí que hacemos muchas comparaciones negativas que son equivocadas asimilar el oficio sacerdotal en su esencia, significado y contenido a otras realidades parecidas. El sacerdote ejerce entonces un cargo que tiene de asistente social, formador de adultos, maestro, pedagogo terapéutico, guía de jóvenes, psicólogo, crítico de la sociedad.

Al sacerdote, cuando se le pregunta desde afuera ¿qué es en realidad, qué hace? Quisiera mostrar algo socialmente significativo, reconocido, y relevante; quisiera hacer comprender que el sacerdocio de la Iglesia significa algo en extremo importante para el ser humano. Pero quizá el ministerio debe soportar que su profesión no ocupe hoy, como antaño, un puesto fijo, unívoco y aceptado por todos en nuestra sociedad, ni goce del reconocimiento social correspondiente. Acaso ¿ocupó Jesús un puesto fijo, unívoco y aceptado por todos? ¿No fue parte de su misión el ser literalmente utópico?³¹ Porque demuestra al hombre que todos estamos llamados a salir al encuentro del otro.

De aquí partimos para decir que el amor de Dios por los hombres es igual para todos, pero es especial y exigente para aquellos que son sus elegidos, para guiar a su pueblo. Es la obra de Dios, mas no del hombre lo que acontece cada día; es aquello que se va aclarando por la oración y perseverancia en su espiritualidad. Lo que desborda es el amor de Cristo, que lo motiva y su manera de vivir por los demás como un amor desinteresado por los hombres y llamados a servir por encima de todo.

El cuidado pastoral de los fieles exige que el presbítero posea una formación y madurez interior, ya que no puede limitarse a mostrar una “*simple apariencia de hábitos*

³⁰ GRESHAKE, G; ser Sacerdote: Ed. Verdad e imagen. P.121

³¹ Mt 8,20

virtuosos”³². Una obediencia meramente exterior y formal a principios abstractos, sino que es llamado a actuar con una gran libertad interior donde pueda ser descubierto el Señor, se espera de él, que interiorice, día tras día, el espíritu evangélico, por medio de una continua y personal relación de amistad con Cristo, hasta llegar a compartir sus sentimientos e imitar su comportamiento. Ante todo está llamado a vivir la serenidad de fondo, humana y espiritual que le permita superar toda la forma de protagonismo o dependencia afectiva. “*Ser hombre de comunión, de misión y de diálogo*”³³ capaz de entregarse con generosidad y sacrificio a favor del pueblo de Dios, contemplando al Señor, que ofrece su vida por los demás.

Para ello, para formarse en el espíritu, en el hombre interior necesita un atento y fiel cultivo de vida espiritual, centrado prioritariamente en la comunión con Cristo a través de los misterios celebrados a lo largo del año litúrgico y alimentado en la oración personal y en la meditación de la palabra inspirada. A través de la oración silenciosa, que le dispone a una relación auténtica con Cristo, el seminarista aprende ser dócil a la acción del Espíritu que progresivamente lo configura a imagen del Maestro. Esta relación íntima con el Señor en la comunión fraterna; los seminaristas serán acompañados a identificar y corregir la mundanidad espiritual, la obsesión por la apariencia y una presuntuosa seguridad doctrinal o disciplinar ya sea como el narcisismo y el autoritarismo.

La identidad y la espiritualidad sacerdotal se corresponden. Lo vemos en estos datos:

- a) La aportación del Vaticano II. El Concilio introdujo un gran cambio al presentar la espiritualidad propia del presbítero que parte no de los medios sino del mismo ministerio: “*por el sacramento del Orden los presbíteros se configuran con Cristo Sacerdote, como miembros con la cabeza, para la estructuración y edificación de todo su cuerpo, que es la Iglesia, como cooperadores del orden episcopal...*”³⁴ de ese modo “*los presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo la Triple función*”³⁵ la primera recepción del texto se redujo en la práctica de reconocer el hecho de la relación entre el ministro y la perfección o la santidad.

³² RATIO FUNDAMENTALIS INSTITUTIONIS SACERDOTALIS; Congregación para el clero, el don de la vocación presbiteral. Edición San Pablo (2016); P.53

³³ Pastores dabo vobis, n.18: AAS 84 (1992)

³⁴ Concilio vaticano II. PO N°12

³⁵ Concilio vaticano II. PO N°13

- b) La aportación de San Juan Pablo II en PDV. Esta aportación ha supuesto una ratificación y un enriquecimiento de todos los puntos que ayudan al presbítero en su formación espiritual. Plantea de entrada la identidad como punto de referencia de toda la formación: *“esta identidad está en la raíz de la naturaleza de la formación que debe darse en vista del sacerdocio y, por tanto, a lo largo de toda la vida sacerdotal”*³⁶ De esta manera la espiritualidad que se presente al sacerdote debe partir del mismo sacerdocio. Por lo tanto *“la espiritualidad es de identidad...”*³⁷ como relación de encuentro con Cristo, donde da a conocer su persona en medio del mundo por el servicio a los demás.

El estilo de vida sacerdotal dice relación estrecha a la misión y servicio o ministerio que le es propio. Los carismas que Dios da son para realizar una misión según el espíritu o dinámica de la misma. En el fondo, el estilo de vida sacerdotal es siempre de vida apostólica. Es la afirmación patristica y tradicional que ha suscitado renovaciones profundas en cada época, donde esta vida apostólica significa generosidad evangélica, vida comunitaria o de fraternidad, disponibilidad misionera.

2.2 Seguimiento concreto a un encuentro

La noción de seguimiento que no resulta de una reflexión personal ni de algo que se legitime desde el seguidor a cuyas normas se rijan por ideas personales. La figura concreta para ser auténticos es la que ocurrió tempranamente en la Iglesia, en tres rasgos fundamentales: pobreza, obediencia y castidad. Estos tres términos cristalizan la vida de seguimiento especial a Cristo.

1. Consejos evangélicos

a) Celibato

Cristo fue célibe, esta afirmación no es meramente un dato sociológico sobre el estado civil casual de Jesús, además el celibato era contrario a los usos judíos. Jesús recomienda el celibato según la exposición del evangelio de Mateo, y explica su sentido: *“porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que fueron hechos tales por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales por si mismos por el Reino de los cielos.*

³⁶ San Juan Pablo II, Pastores dabo Vobis. Nº 11

³⁷ Gamarra, Saturnino. *Manual de espiritualidad sacerdotal*. Ed. Monte Carmelo- Burgos. España P.86

Quien pueda entender que entienda”³⁸ El celibato de Jesús se orienta hacia el Reino de Dios. Por eso los discípulos que Él destina al servicio específico del Reino deben abandonarse a la providencia para hacer una entrega oblativa al servicio de los demás.

San Pablo menciona su deseo en el evangelio de San Mateo cuando dice: “*mi deseo sería que todos fueran como yo; mas cada cual tiene de Dios su gracia particular. Unos de una manera y otros de otra*”³⁹. La capacidad de Jesús frente al celibato, no fue de una renuncia, sino de una inaudita plenitud de amor que no puede limitarse a un consorte y a la propia familia, esto trasciende a más. Es la verdadera entrega que se convierte en fecundidad plena en la acción pastoral. “*no es virtud, sino destino de vida impuesto por las circunstancias sociales; empuja hacia quienes se hallan cercados y encerrados en la resignación y en la falta de esperanza*”⁴⁰. Sino que es la entrega plena del llamado libre y consciente para un encuentro de amor que lo transforma todo.

Por lo tanto, el celibato no se limita ser un signo escatológico, sino que además una constante en la vida del ministro, es el aguijón de la carne del sacerdote. Donde es Dios mismo quien actúa por su gracia, por este mismo hecho el sacerdote no deja de ser servidor y amigo para todos, es más, se acerca a todos sin ningún temor porque es el instrumento de Dios. Somos el canal mas no la gracia de Dios, solo servimos como meros facilitadores de Dios en su obra redentora para con toda la humanidad.

b) Obediencia

Jesús fue el obediente por antonomasia. En el himno a Cristo de la carta a los filipenses⁴¹. Pablo invita a la comunidad a tener los mismos sentimientos de Cristo, para amar a todos sin ninguna distinción de nadie, somos instrumentos que estamos al servicio de Dios por su gracia.

Tal obediencia se define esencialmente desde la escucha obediencia: *ob-audire*. Obediente es el que no se encierra a sí mismo, sino que está atento a la voluntad de Dios, después se muestra disponible y dispuesto a hacer lo que ha percibido como exigencia de Dios. El obediente entiende su existencia como enajenación, es decir, un salir de sí mismo para escuchar la interpelación de Dios. Para hacer la voluntad de Dios, donde menciona

³⁸ Mt 19, 12

³⁹ 1Cor 7,7

⁴⁰ J.B. Metz, *Las órdenes religiosas*, Barcelona 1988, p. 74

⁴¹ Flp 2, 5-11

*“mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”*⁴². Realidad que es ponerse a disposición de Dios y de su obra. Estos rasgos fundamentales son destellos que ayudan al hombre llamado, a una buena disposición desde el corazón hasta todo su ser. Esta libertad del hombre es entregada a la llamada de Dios que sale al encuentro en forma siempre nueva aquí y ahora para Dios. Esta libertad es entregada en la ordenación y se compromete públicamente al trabajo pastoral de la Iglesia; con la promesa de obediencia en la ordenación se concreta la respuesta de aquel que fue llamado al servicio de Dios y de los hombres.

La obediencia por tanto implica hacer la voluntad de Dios. Que conlleva una obediencia hasta la muerte, se dispone a compartir, en última instancia, es entrega de la vida hasta la muerte en la cruz, donde el sacerdote experimenta los sacrificios de Cristo con alegría por la salvación de los demás.

c) Pobreza

San Pablo presenta a Cristo como aquel que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza: *“ya conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriquecernos con su pobreza”*⁴³. Los que acceden a Jesús se encuentran siempre con la pobreza, donde tiene su mayor realce en la bienaventuranza de los pobres. *“Él dirigiendo la mirada a sus discípulos, dijo: bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de los cielos”*⁴⁴. La fe que exige Jesús a los suyos es la fe de Abrahán, que deja todo por la promesa de Dios, para conseguir el Reino de Dios hay que dejar todas las piedras preciosas para comprar un sola, hay que sacrificar todo para comprar el campo: *“el Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre lo encuentra, vuelve a esconderlo y, de tanta alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel”*⁴⁵. Es prácticamente la realización del hombre frente a lo que le espera, es la alegría que le espera por ser pobre aquí y allá en el cielo gozar de la verdadera riqueza.

La pobreza del discípulo es, en cierto modo, el sacramento o figura visible del Evangelio y de la persona que se ha dejado interpelar por Él. El núcleo fundamental que parte del mismo encuentro que radica en la realización de la misma persona de Jesús con

⁴² Jn 4,34

⁴³ 2Cor 8,9

⁴⁴ Lc 6,20

⁴⁵ Mt 13, 44

su discípulo. Es decir en aquel que es llamado, como lo demuestra especialmente el episodio del joven rico, donde todos estamos invitados a participar de este encuentro de amor. Es condición necesaria para el seguimiento a Jesús como donación para el servicio de los demás.

Por lo tanto el celibato, la obediencia y la pobreza cristalizan el seguimiento de Jesús que exige especialmente al sacerdote en aras de la unidad de misión y vida. El ministerio demuestra su existencia regalando su vida por los demás con estas tres realidades, donde ha de apostar su vida personalmente en un compromiso íntimo. Solo el hombre de Dios y discípulo de Cristo puede ejercer su misión desde ese encuentro con credibilidad para dar testimonio de Cristo con su vida al mundo entero.

3. COMUNIÓN SACERDOTAL

Al hablar de la comunión sacerdotal hablamos de ser signos transparentes del buen pastor, que tiene su significado en la figura de Cristo con sus discípulos. Donde existe un ambiente de encuentro fraternal, familiar, es decir existe una relación amical que permanece a pesar de las vicisitudes del corazón del hombre por la duda o por la desesperanza que abarca al hombre.

3.1 Comunión con Cristo y la Trinidad

La comunión del sacerdote se realiza, sobre todo, con el Padre, origen último de toda potestad; con el Hijo, de cuya misión redentora participa; con el Espíritu Santo, que le da la fuerza para vivir y realizar la caridad pastoral, que lo cualifica como sacerdote.

Así, *“no se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial si no es desde este multiforme y rico entramado de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia, como signo, en Cristo, de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”*⁴⁶. Es desde ahí de donde podemos entender el misterio de la vocación, que somos llamados por la voluntad Trinitaria, para una misión especial en medio del mundo; se da el encuentro personal con la Santísima Trinidad en la

⁴⁶JUAN PABLO II, Exhort. Ap. Post-sinodal *Pastores dabo vobis*, 12; cfr. CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, nº 1.

cotidianidad de la vida desde la familia, el seminario y el presbiterio que se va descubriendo dicho misterio que es incluso para uno mismo, es la gracia de Dios que se va descifrando día a día.

No se trata de ver el sacerdocio desde la Trinidad, sino acceder a la Trinidad desde el sacerdocio de Cristo que existe un encuentro real en las tres personas; se trata de conocer la fuerza reveladora que tiene el sacerdocio de Cristo sobre la Trinidad y su alianza con los hombres. El carácter sacerdotal de Jesús brota del modo del ser del Dios trinitario y de la peculiar relación que Dios Trino tiene con los hombres. Tengamos muy presente que el sacerdocio de Cristo nos introduce en la vida trinitaria: *“Jesús lleva a su plena realización el ser mediador al ofrecerse a sí mismo en la cruz, con lo cual nos abre, una vez por todas, el acceso al santuario celestial, a la casa del Padre”*⁴⁷. El origen del encuentro con el Padre es Cristo mediador por la obra del Espíritu Santo.

3.2 Comunión con la Iglesia y comunión jerárquica

Una vez visto esta unión-comunión con Cristo y con la Trinidad deriva, para el presbítero, su comunión - relación con la Iglesia en sus aspectos de misterio y comunidad eclesial. En efecto, en el interior del misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera se revela toda identidad cristiana y, por tanto, también la específica y personal identidad del presbítero y de su ministerio.

Concretamente, la comunión eclesial del presbítero se realiza de diversos modos, con la ordenación sacramental. El presbítero entabla vínculos especiales con el Papa, con el cuerpo episcopal, con el propio Obispo, con los demás presbíteros, con los fieles laicos. Es la comunión concretamente particular que describe al presbítero en su ambiente familiar como uno más entre ellos, sin ninguna diferencia porque todos han sido llamados para una misión y por una persona, y no por una idea, ni por una fantasía.

*“La comunión como característica del sacerdocio se funda en la unicidad de la cabeza, pastor y esposo de la Iglesia, que es Cristo”*⁴⁸. En esta comunión ministerial toman forma también algunos precisos vínculos en la relación, sobre todo, con el Papa, con el colegio Episcopal y con el Propio Obispo. *“No se da ministerio sacerdotal sino en la comunión con el Sumo Pontífice y con el Colegio Episcopal, en particular con el propio*

⁴⁷ San Juan Pablo II. Exhortación apostólica postsinodal Pastores Dabo Vobis. Nº 13

⁴⁸ Cfr. S. AGUSTIN, Sermón 46, 30: CCL 41, 555-557

*Obispo diocesano, a los que se han de reservar el respeto filial y la obediencia prometidos en el rito de la ordenación*⁴⁹. Se trata pues de una comunión jerárquica, es decir, de una comunión en la jerarquía tal como ella esta internamente estructurada. A su vez esto se refuerza por el hecho de que todo el orden de los Obispos en su conjunto y cada uno de los obispos en particular deben estar en comunión jerárquica con la cabeza del colegio⁵⁰.

3.3 Comunión en la celebración eucarística y en la actividad ministerial

La comunión jerárquica se encuentra expresada significativamente en la plegaria eucarística, cuando el sacerdote, al rezar por el Papa, el colegio episcopal y el propio Obispo, no expresa solo un sentimiento de devoción, sino que da testimonio de la autenticidad de su celebración⁵¹. Cada presbítero ha de tener un profundo, humilde y filial vínculo de caridad con la persona del Santo Padre y debe adherirse a su ministerio petrino de Magisterio, de santificación y de gobierno con docilidad ejemplar⁵².

El presbítero realizará la comunión requerida por el ejercicio de su ministerio sacerdotal por medio de su fidelidad y de su servicio a la autoridad del propio Obispo. Para los pastores más expertos, es fácil constatar la necesidad de evitar toda forma de subjetivismo en el ejercicio de su ministerio y de adherir corresponsablemente a los programas pastorales. Por ello respetando plenamente la subordinación jerárquica el presbítero ha de ser promotor de una relación afable con el obispo, de un verdadero esfuerzo de armonía, de amistad cordial, de un verdadero esfuerzo de armonía y de una inteligente capacidad de iniciativa personal que conlleve a una verdadera confianza de padre a hijo lo que normalmente suele pasar en un hogar cálido.

3.4 Comunión en el presbiterio y el presbiterio lugar de santificación

Por la misma fuerza del sacramento del Orden, *“cada sacerdote está unido a los demás miembros del presbiterio por particulares vínculos de caridad apostólica, de misterio y*

⁴⁹ JUAN PABLO II, Ex. Ap. Post-sinodal *Pastores debo vobis*, 28

⁵⁰ Cfr. CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, Nº 22. P. 45

⁵¹ Cfr. CONGRAGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta sobre la Iglesia como comunión *communio notio* (28 de mayo 1992), 14: AAS 85 (1993), 847

⁵² Cfr. Código de Derecho Canónico 1983. Ed. BAC, Canon, 273

de fraternidad”⁵³. La pertenencia a un concreto presbiterio se da siempre en el ámbito de una Iglesia particular, de una diócesis particular o de una Prelatura personal. Por tanto la fraternidad sacerdotal y la pertenencia al presbiterio son elementos característicos del sacerdote. Con respecto a esto, es particularmente significativo el rito que se realiza en la ordenación presbiteral de la imposición de manos por parte del Obispo, al cual toman parte todos los presbíteros presentes para indicar por una parte en la participación en el mismo grado del ministerio. Por otra que el sacerdote no puede actuar solo, sino siempre dentro del presbiterio, como hermano de todos aquellos que lo constituyen y que está sujeto a la obediencia del obispo.

El presbiterio es el lugar privilegiado en donde el sacerdote puede encontrar los medios específicos de santificación y de evangelización. Allí mismo también puede ser ayudado a superar los límites y debilidades propios de la naturaleza humana, especialmente aquellos problemas que hoy día se sienten con particular intensidad.

El sacerdote, por tanto, hará todo los esfuerzos necesarios para evitar vivir solo. Debe por tanto como dice el Papa ser el que: “*asume y eleva las relaciones humanas, psicológicas, afectivas, amistosas y espirituales..., y se concreta en las formas más variadas de ayuda mutua, no solo espirituales sino también materiales*”⁵⁴. Todo esto tiene su expresión en la liturgia de la *Misa in Cena Domini* del jueves santo, la cual muestra como de la comunión eucarística, nacida en la última cena, los sacerdotes reciben la capacidad de amarse unos a otros como el Maestro los ama⁵⁵. Esta realidad es el mayor signo que demuestra la humildad de servicio que compromete a todos, sin privilegio alguno.

3.5 Amistad sacerdotal, vida en común y la comunión con los fieles laicos

La capacidad de cultivar y vivir maduras las profundas amistades sacerdotales se revela fuente de serenidad. La alegría en el ejercicio del ministerio; las amistades verdaderas son ayuda decisiva en las dificultades y a la vez, ayuda preciosa para incrementar la caridad pastoral, que el presbiterio debe ejercitar de modo particular con

⁵³ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica. Post-sinodal *Pastores dabo vobis*, 17; cfr. CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, 28; Decr. *Presbyterorum ordinis*, 8; C.I.C., can. 275

⁵⁴ JUAN PABLO II, Exhortación. Apostólica. Post-sinodal *Pastores dabo vobis*, 74.

⁵⁵ JUAN PABLO II, *catequesis* en la audiencia general del 4 agosto 1993, n.4: “L’ Osservatore Romano”, 5 agosto 1993.

aquellos hermanos en el sacerdocio que se encuentren necesitados de comprensión, ayuda y apoyo.

Una manifestación de este encuentro es también la vida en común, que ha sido favorecida desde siempre por la Iglesia⁵⁶. Donde recientemente ha sido considerado por el Concilio Vaticano II, la vida común se expresa en la manera de compartir, en casa común, comunidad de mesa, se ha de dar el máximo valor a la participación comunitaria en la oración litúrgica. Es de desear que los párrocos estén disponibles para favorecer la vida común en la casa parroquial con sus vicarios, estimándolos efectivamente como a sus cooperadores y solicitud pastoral; por su parte para construir la comunión sacerdotal.

Hombre de comunión, el sacerdote no podrá expresar su amor por el Señor y a la Iglesia sin traducirlo en un amor efectivo e incondicionado por el pueblo cristiano, objeto de sus desvelos pastorales. Como Cristo debe hacerse *“Como una transparencia suya en medio del rebaño que le ha sido confiado...”*⁵⁷. Poniéndose en relación positiva y de promoción con respecto a los fieles laicos. Ha de poner al servicio de los laicos todo su ministerio sacerdotal y su caridad pastoral, a la vez que le reconoce su dignidad de hijos de Dios y promueve la función propia de los laicos en la Iglesia.

En cuanto reúne la familia de Dios y realiza la Iglesia- comunión, el presbítero pasa a ser el pontífice, aquel que une al hombre con Dios, haciéndose hermano de los hombres a la vez que quiere ser su pastor, padre y maestro. El sacerdote por tanto ejercitara su misión espiritual con amabilidad y firmeza, con humildad y espíritu de servicio, tendrá compasión de los sufrimientos que aquejan a los hombres, por ello el sacerdote es llamado el buen Pastor⁵⁸ a imagen de Cristo que va en busca de ellas para aliviarles y dar su vida por ellas. *“y nadie puede ser arrojado a tal dignidad, a no ser que sea llamado por Dios, como Aarón”*⁵⁹. Para servir a los demás desde el acontecimiento del encuentro de amor con Dios.

⁵⁶ Cfr. S. AGUSTIN, *sermones 355,356, De vita et moribus clericorum; PL, 1568-1581*

⁵⁷ JUAN PABLO II, Exhortación. Apostólica. Post-sinodal *pastores dabo vobis, Nº 15.*

⁵⁸ Jn 10, 1-18

⁵⁹ Hebreos 5, 4

CAPÍTULO SEGUNDO

II.FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DEL DISCIPULADO COMO ENCUENTRO DE AMOR

1. EN LA SAGRADA ESCRITURA COMO LUGAR DE ENCUENTRO

Este es el corazón del tema, el encuentro de amor en las Sagradas Escrituras, donde toda la historia de la salvación está llena de palabras que marcan la vida de todo hombre llamado, a vivir una nueva experiencia de amor. Tal acontecimiento está lleno de experiencia de Dios en la vida de los hombres. Es el poder que tiene la palabra: “*dijo Dios: haya luz y hubo luz, vio Dios que la luz estaba bien, y separó Dios la luz de la oscuridad; llamo Dios a la luz día, y a la oscuridad llamo noche. Atardeció y amaneció: día primero*”⁶⁰. Desde un inicio para transformar y crear una nueva historia en la vida de los hombres con la experiencia de Dios.

1.1 La vocación como llamada a una experiencia de encuentro con Dios en el Antiguo Testamento

La historia bíblica de la salvación gira entorno a las grandes figuras de Adán el primer hombre, Abraham, Moisés y David.

Además de personajes individuales, cada uno con su propia historia, son también paradigmas o modelos que resumen en cierto modo las características significativas de todas las demás figuras bíblicas de alguna importancia.

Estas otras figuras secundarias respecto a las de Adán, Abraham, Moisés y David, son en la Sagrada Escritura como desarrollos diversos o explicaciones de lo que se concentra en los cuatro caracteres decisivos.

⁶⁰ Gn1, 3-4

Será Jesucristo quien, según el sentido profundo y dirección última de la historia de la salvación, resumirá finalmente en su persona de Elegido y Mediador por excelencia todas las cualidades salvíficas de los cuatro hombres, que son denominados adecuadamente tipos o anticipos de Cristo.

La vocación de Adán, Abraham, Moisés y David no solamente poseen una importancia singular en los planes divinos que preparan una importancia singular en los planes divinos que preparan la salvación de la humanidad a través de Israel, sino que nos suministran un sugestivo y fiel retrato de lo que es la vocación de todo hombre, a permanecer junto a Dios, por su amor.

Toda la historia de la salvación es la manifestación de Dios que sale al encuentro de su pueblo por amor a los hombres. Es Dios quien da el primer paso, sale de sí mismo, para dar vida por medio de su palabra: *“dijo Dios: hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra; que manden en los peces del mar y en las aves del cielo, en las bestias...creó pues Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creo”*. Todo esto Dios lo hace desde su corazón lleno de amor, es decir lo hace por amor, con el amor y en el amor hacia la humanidad entera.

La creación del hombre y de la mujer corona la obra creativa de Dios. Adán es, bajo Dios, el fin del universo que ha salido de las manos divinas. Pero la persona humana no es una simple porción del mundo material. Hay que decir enfáticamente que Dios ordena que las cosas sean, pero al hombre y a la mujer los llama.

El capítulo 12 del Génesis introduce la historia de la salvación propiamente dicha. Comienza Dios en Abraham desde el momento que el patriarca acepta la llamada que el Señor le dirige en la tierra de Ur. *“El Señor dijo a Abran: vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y se tu una bendición”*⁶¹. Dios da el primer paso, llama al hombre. Es la complacencia de Dios que tiene para con el hombre. El Señor nos invita a salir de..., para llegar a..., es decir existe una realidad que lo transforma todo. Llega en el momento menos esperado. Dios nos sorprende cada día, Dios es novedad en nuestra historia personal.

⁶¹ Gn 12, 1-2

Dios es el centro de la historia de Abraham, que se pone en movimiento como resultado de una iniciativa divina. El texto bíblico sugiere lo grandioso que ocurre dentro de lo sencillo. La majestad y trascendencia divinas se esconden detrás de un diálogo comenzado por Dios y lleno de aparente normalidad y cotidianidad. Entendemos que Dios es misericordioso y compasivo. Solo Dios puede hablar de este modo, solo el Dios vivo puede dirigirse al hombre en términos semejantes. Habla un Dios personal y cercano mediante un mandato que es al mismo tiempo una oferta de comunicación y de intimidad. *“en el desorden que siguió la corrupción general de las naciones, la Sabiduría se fijó en el justo y le conservó irreprochable ante Dios”*⁶².

Moisés es una figura bíblica de vasta proporciones, verdadero fundador de Israel como pueblo histórico. La vocación de Moisés abre un capítulo decisivo en la historia de los hebreos. *“los hijos de Israel, que gemían bajo la servidumbre egipcia, clamaron, y su clamor, que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios. Oyó Dios sus gemidos, y se acordó de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob”*⁶³.

La teofanía de la zarza ardiente es uno de los momentos más destacados del Antiguo Testamento. Dios se presenta delante de Moisés en forma de fuego, en medio de una zarza que arde sin consumirse. Un Moisés sobrecogido escucha la voz del Señor: *“no te acerques, y quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada. Y añadió: yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”*⁶⁴. Dios se manifiesta a Moisés en el fuego, como se le apareció antes a Abraham⁶⁵ y se aparecerá más tarde a Gedeón⁶⁶, a los padres de Sansón⁶⁷ y al profeta Ezequiel⁶⁸. Manifiesta de ese modo su irrepresentabilidad y su trascendencia. Manifiesta también que el llamamiento que hace ahora el futuro legislador de Israel es un acto de su voluntad omnipotente y creadora. *“Habló Dios a Moisés y le dijo: Yo soy el Señor”*⁶⁹.

La vocación y la misión de Moisés se ordenan a las de los hebreos todos. Pero es una llamada singular y personal que le permitirá llegar a ser el “siervo de Dios”⁷⁰ por

⁶² Sab 10,5

⁶³ Ex 2, 23-24

⁶⁴ Ex 3, 2.5-6

⁶⁵ Gn 15,17

⁶⁶ Jue 6,21

⁶⁷ Jue 13,20

⁶⁸ Ez 1, 27

⁶⁹ Ex 6,2

⁷⁰ Dt 34,5

excelencia del Antiguo Testamento y llevar a cabo una tarea gigante humanamente imposible. La fuerza de Dios que ha vencido en Moisés en el momento inicial de su llamada continuara y crecerá dentro de él a lo largo de todo su vida, donde servicio a Dios y servicio al pueblo elegido serán exactamente lo mismo. Moisés conseguirá que, con la ayuda de Dios, su existencia y su misión coincidan.

También se observa en el Antiguo Testamento que, dentro de una familia o grupo, Dios suele elegir casi siempre no tanto al heredero natural o más legítimo según previsiones y costumbres humanas, sino a un heredero de gracia, que lo es por pura decisión divina. Es así como elige a Isaac y no a Eliezer o a Ismael; a Jacob en vez de Esaú; a José en lugar de Rubén; y a David, que es antepuesto a todos sus hermanos mayores y luego a la dinastía de Saúl.

El llamamiento, a través del profeta Samuel, del joven pastor que llegara a rey de Israel, indica bien a las claras que Dios no hace acepción de personas, que solo atiende al corazón de los hombres y que sus decisiones son en último término impenetrables y apoyadas solo en sí mismas.

La vocación de David significa entre otras cosas el comienzo del fin de un reinado que no fracasara tanto por la energía de los filisteos como por la bancarrota espiritual del rey. La Sagrada Escritura nos proporciona una historia desde dentro, y bajo esta perspectiva podemos saber que David no es un usurpador sino un elegido, un hombre en quien se ha complacido Dios.

Obediente al mandato divino de buscar y encontrar al futuro rey de Israel, Samuel entra en la casa de Jesé, de la tribu de Judá, y después de conocer a los hijos de Jesé sucesivamente le presenta exclama: *“a ninguno de estos ha elegido el Señor” pero el anciano profeta sabe que el hombre que busca no debe hallarse lejos. “preguntó entonces Samuel a Jesé: ¿no quedan ya más muchachos?”*⁷¹. Cuando finalmente aparece el hijo más joven, en quien nadie había pensado, el profeta oye la voz de Dios que le instruye de nuevo. *“Dijo el Señor: levántate y úngelo, porque este es. Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo ungió en presencia de sus hermanos. Y, a partir de entonces, vino sobre David el espíritu del Señor”*⁷².

⁷¹ 1 Sam 16, 10-11

⁷² 1 Sam 16, 12-13

También David, como Abraham y Moisés antes que él, descubre gradualmente el camino que Dios le prepara y las etapas de ese camino. La promesa hecha por Dios a los patriarcas se decanta ahora en David y en su casa. David es como el resumen de Israel. Como vemos Dios sale de sí y llama al hombre para una experiencia de encuentro de amor con Él, para estar al servicio de los demás como lo fueron estos grandes personajes que ya hemos visto, cada uno con su historia personal.

Vemos también otro pasaje del Génesis: *“entonces Melquisedec, rey de Salem, presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios altísimo, y le bendijo así: ¡Bendito seas Abraham del Dios altísimo, creador del cielo y tierra, y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus enemigos en tus manos! y Abran les dio el diezmo de todo”*⁷³. Nos muestra la realización del hombre que ofrece su don como una alabanza para la gloria de Dios y del hombre. Este pasaje muestra la cercanía de Dios frente a la humanidad, no solo por los dones sino por las palabras que le son dirigidas. Dios engrandece al hombre a una nueva realidad que eleva al hombre de su finitud a lo trascendente. Y está llamado a un encuentro que lo transforma todo, para transformar la realidad desde esa experiencia de encuentro de amor con Él.

1.2 El camino discipular como experiencia de encuentro en el Nuevo Testamento

El camino discipular puede ser comprendido en sentido estricto como una discusión técnica de la relación histórica “maestro-discípulo”, pero puede ser también comprendido en un sentido más amplio como una experiencia cristiana, es decir, como la autocomprensión de los creyentes cristianos primitivos en tanto que creyentes: lo que tal estilo de vida requiere, implica y supone.

El llamado de Dios, la misión encomendada, el proceso vocacional o discipular implica un cambio de vida. Las vocaciones del Nuevo Testamento nacen dentro de la comunidad eclesial y son vividas siempre dentro del encuentro en la comunidad eclesial para salir a los demás.

Jesús es el que llama: *“subió al monte y llamó a los que él quiso. Cuando estuvieron junto a él, creó un grupo de doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios. Creó a los doce: a Simón, a quien llamó Pedro; a*

⁷³ Gn 14,18-20

*Santiago, el de Zebedeo y a Juan, el hermano de Santiago, a quien puso por nombre Boanarges, es decir, hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el cananeo y judas Iscariote, el mismo que lo entregó*⁷⁴. Es la plena manifestación de amor de Dios que escoge a los suyos. También vemos que Jesús es quien da el primer paso para este encuentro de amor. Es una realización, o mejor dicho una invitación para estar con él.

De esta manera empieza una gran historia a nivel personal para el hombre y Dios sigue haciendo historia en la vida del hombre. No cabe duda que Dios sale de sí mismo para salir al encuentro del hombre que se halla en su vida cotidiana. Nuevamente Dios sorprende al hombre y le llama a un servicio especial que hará para los demás.

Existe el impacto afectivo de la personalidad de Jesús: *“Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el santo de Dios*⁷⁵. Frente a esta respuesta está la libertad en el seguimiento; *“si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*⁷⁶. Es la condición en medio del llamado donde existe la gratuidad, el peregrinaje y la desinstalación: *“Jesús replicó las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*⁷⁷. Pero también nos invita a tener una vida en comunidad donde todos son partícipes de la acción de Dios en medio de su pueblo. El llamado y el seguimiento son graduales, los llamados son personales y a cada uno.

La confirmación del llamado después de la resurrección es una experiencia vital para el encuentro de amor entre el discípulo y el maestro. *“Después de haber comido, preguntó Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Respondió él: Si, Señor, tu sabes que te quiero. Jesús le dijo apacienta mis corderos. Volvió a preguntarle por segunda vez...insistió por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez ¿Me quieres? Y le dijo: Señor, tú lo sabes todo; tu sabes que te quiero. Le dijo Jesús apacienta mis ovejas*⁷⁸.

⁷⁴ Mc 3,13

⁷⁵ Jn 6,68

⁷⁶ Mc 8,34

⁷⁷ Mt 8,20

⁷⁸ Jn 21, 15-25

Las consecuencias de este seguimiento implican la conversión, es decir cambiar de mentalidad. Intelectual: donde de la ignorancia e inmadurez religiosa se pasa a comprender los misterios del Reino de Dios. Moral: de las motivaciones egoístas e interesadas por las que se movían al principio, ha ido pasando a moverse por los calores del Reino de Dios. Y religiosa: se pasa del sectarismo religioso a una experiencia religiosa precedido en el amor y la misericordia.

La situación en los evangelios acerca de la vocación o del llamado, se logra comprender a partir de la experiencia de amor. La vocación de los discípulos se refiere en los cuatro evangelios: Juan 1, 35-41, Mateo 1, 16-22, Marcos 1, 16-20.

- Mateo y Marcos dan una versión semejante: Jesús pasa por la orilla del mar, sin más, a las dos parejas de hermanos. Ellos dejan las redes y le siguen.
- Lucas lo presenta más dramático, como consecuencia del asombro por la pesca milagrosa.
- Juan no hace referencia alguna ni al mar ni a la pesca: habla solamente de llamamientos personales, directos; el orden del llamamiento es distinto, y el número de los llamados es mayor.

Los relatos de las vocaciones de los discípulos son hermosos porque cada experiencia es única y significa algo. Está en el fondo el acontecimiento del encuentro, que sobrepasa al hombre. Por eso para Israel el mar y todas las aguas caudalosas siempre son imagen del caos, de la oposición a Dios, del pecado. Si miramos al principio de la creación Dios pone las aguas en su sitio, inmediatamente después de hacer la luz.

Por lo tanto resumiendo esquemáticamente la notas sacerdotales de Cristo descritas en la carta a los Hebreos, se consigue el siguiente resultado: a) Cristo no es constituido sacerdote a sí mismo, sino por la voluntad del Padre⁷⁹; b) la finalidad de su sacerdocio radica en redimir a los hombres de las trasgresiones cometidas⁸⁰; c) y esto mediante un comportamiento de obediencia al Padre, en el que Cristo asume el sacrificio de la pasión y muerte redentora⁸¹.

El camino discipular está lleno de experiencias que marcan la vida de cada discípulo. Es decir, viven, caminan y comen con el Maestro, en lo cotidiano se va formando al

⁷⁹ Heb 5, 5-6; 7, 21

⁸⁰ Heb 9, 15

⁸¹ Heb 10, 5-7

discípulo. No podemos comprender el discipulado sin el Maestro, el discípulo atiende al Maestro en todo y empieza a vivir como Él.

En el Nuevo Testamento se reconoce también a Cristo con la denominación de *pastor*⁸². Lo cual expresa la función sacerdotal. Es la preocupación por quienes ponen en peligro su propia salvación, en la parábola de la oveja perdida el salvador se identifica con el mismo pastor que busca a la oveja descarriada⁸³. La identificación de Cristo como el pastor de todos es la consecuencia de su misión, vino para que los hombres conozcan al Padre a través de su persona.

El discipulado es camino de encuentro, camino que nos lleva a un encuentro personal libre con Jesús. Debemos por ello reconocer el sacerdocio de Jesucristo ejercido en la propia oblación que San Pablo describe, equivale al auténtico sacrificio del cordero pascual⁸⁴. Esta entrega oblativa tiene dos caracteres nítidamente diferenciales. En primer lugar, el de haberse entregado por nuestros pecados, y en segundo lugar, el de ser testimonio del amor del Padre a los hombres. Esta entrega implica un encuentro de amor pleno con el Padre en la experiencia de cada día.

Cristo llamó a muchos discípulos y de estos escogió a unos pocos para formar el pequeño grupo de los Apóstoles. El pequeño grupo de los apóstoles son hombres que conocen personalmente a Jesús, y se atreven a seguirle por amor. El amor que les transforma desde el momento que lo conocen, es decir la mirada de Dios enamora al hombre pecador porque le mira con misericordia. *“los escribas y fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio...pero al insistir ellos en su pregunta, se incorporó y les dijo: aquel de vosotros que esta sin pecado, que le arroje la primera piedra...ella respondió: nadie, Señor. Jesús replicó: tampoco yo te condeno. Vete, y no vuelvas a pecar”*⁸⁵. Es la mirada de Dios que le da vida nuevamente al hombre, así sucede con los discípulos, los mira y los llama para ser servidores de su misión.

En el Nuevo Testamento, la llamada de Cristo no se agota a la invitación dirigida a todos los hombres. Cristo además invita a llamada particular, especial; a determinadas personas para hacerlas participes de su misión, al mismo tiempo son también servidores

⁸² Jn 10, 1-16

⁸³ Mt 18, 12-13; Lc 15, 4-7

⁸⁴ 1Cor 5,7

⁸⁵ Jn 8, 1-11

del pueblo de Dios. Es una llamada a la intimidad, al encuentro personal, de amistad gozosa porque descubre al hombre lo que es en realidad.

El Señor llama a todos los que Él quiere, es una llamada personal y gratuita en la que a nadie se le exige para un título o un cargo eclesial, ¡no! Al contrario Dios llama a una respuesta individualizada. En su historia personal para los demás, la llamada y la misión constituyen una unidad, pues los llamados son para ser enviados a predicar. La llamada implica siempre una invitación de amor y quien responde es libre.

Los apóstoles son llamados y enviados, los constituidos, para ser partícipes de la misión que Jesucristo ha recibido del Padre. He aquí la realización del ministro, en donde puede volcarse para los demás desde el gozoso “encuentro” con el Señor. La plenitud de que el ser humano se sienta atraído, motivado, cautivado; es gracias al acontecimiento del encuentro que el sacerdote vive con Cristo y así lo manifiesta con su modo de ser, un hombre amado y que ama a los demás como hizo el Maestro.

Actualmente Nuestro Señor sigue llamando, al camino discipular, no hay manera de decir no a esta invitación gratuita. Jesús siempre invita a todos, solo es cuestión de escucharle y ver las motivaciones por las que se sirve Dios que atrae al hombre. Una de las motivaciones es la Sagrada Escritura que con el efecto suave y vivo de la oración se va descubriendo este calor de la vocación. Ese calor que poco a poco uno lo va descubriendo a pesar de la debilidad, por encima de todo permanece la voz del Señor que llama y dice: *“Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les preguntó: ¿Qué buscáis? Ellos respondieron: Rabbí que quiere decir Maestro ¿Dónde vives? Les respondió: venid y veréis. Fueron pues, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día...”*⁸⁶.

Por lo tanto, todo llamado implica una respuesta generosa, amable y sobre todo gratitud por el amor de Dios para con el hombre. Esto trae como consecuencia que el discípulo está llamado a vivir coherentemente con lo que ha elegido ser por la gracia de Dios.

1.3 La experiencia del encuentro de amor en la misericordia sacerdotal

La profundidad de ser sacerdote abarca la humanidad entera en la experiencia con el otro. *“les conto también lo siguiente: un hombre tenía dos hijos...cuando se lo gastó todo*

⁸⁶ Jn 1, 38-39

sobrevino una hambruna extrema...entonces se puso a reflexionar... y dijo: me pondré en camino, iré donde mi padre y le diré: padre he pecado contar el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo...estando él todavía lejos, lo vio su padre y se conmovió; corrió, se echó a su cuello y le beso efusivamente... ”⁸⁷. Es la experiencia del Padre que sale al encuentro de la humanidad, que siempre espera y nunca se cansa de esperar que el hijo vuelva. En este pasaje existe mucho significado y contenido, pero lo esencial es que el sacerdote debe tener esta misma cualidad. Debe ser humano primero, antes que juez o un príncipe. ¡Basta! Lo importante para el sacerdote es ser padre de misericordia a imagen del mismo Dios, con el corazón que este abierto a todo tiempo.

Para esto necesitamos permanecer con Dios, donde se puede crear espontáneamente la misericordia que desborda al hombre manchado y malherido. Lo que se proclama exteriormente quiere ser escuchado en el secreto de la habitación más interior. La intimidad sobrevive en el clima de silencio para salir al encuentro del otro, del prójimo.

El sacerdote al recibir el sacramento del orden, sus manos, su palabra y su voluntad se convierte en instrumento directo de Cristo. El anuncio ha de suscitar la fe, donde debe preceder la oración que es la fuerza de la misión.

Estas funciones son específicamente tres: la función cultual-sacrificial, de la Palabra y el gobierno de la Iglesia⁸⁸. Ya que el ministro es consagrado por el Espíritu está investido de la gracia de Dios.

En las tres funciones los sacerdotes recuerdan la acción de Dios realizada en la pascua de Cristo y la hacen presente por la fuerza del Espíritu, regenerando y santificando a los hombres que aceptan su mensaje. Es el paso que sacerdote debe hacer, el salir para ir al encuentro del otro, consolar y aliviar sus heridas: “...se acercó y vendó sus heridas y echó en ellas aceite y vino; lo montó luego sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidado de él...”⁸⁹. Aquí se ve plenamente lo que debe hacer un sacerdote que es amado por Dios y que debe amar como es amado por Dios. Nunca debemos menospreciar a los demás por ser sacerdotes, al contrario debemos mostrarnos disponibles en todo momento.

Las tres dimensiones guardan profundas aportaciones teológicas, todas ellas tiene su origen en el momento de la misma recepción del sacramento del orden y no hay lugar

⁸⁷ Lc 15, 11-31

⁸⁸ Concilio Vaticano II constitución dogmática *Lumen Gentium* : Nº 19.20.21, 25. 26. 27 y 32.

⁸⁹ Lc 10,34

para un planteamiento. Cuando por ejemplo algunos Santos Padres de la Iglesia contemplan el ministerio del sacerdote desde el punto de vista de su poder de perdonar los pecados, es decir de su tarea correspondiente. La misión fundamental para los padres es anunciar en un modo eficaz las maravillas de Dios realizadas en la historia de la salvación y en comunicar los misterios de la salvación a través de la misericordia en todo los tiempos.

- a) El ministerio de la palabra: la Iglesia es la comunidad de aquellos que han sido convocados por la fe en la Palabra de Dios. La predicación de la palabra es una manera de encuentro que le permite contemplar la misma palabra y desde ella manifestar al pueblo de Dios la acción salvífica que tiene para cada uno. Este ministerio también es una forma de enseñanza al pueblo de Dios, es dar a conocer la misma palabra que es alimento para todos a través de la misericordia.

Esta palabra es necesaria para la conversión personal y comunitaria, el servicio a la palabra es el corazón de todo el ministerio sacerdotal. De la palabra procede su autoridad y su fidelidad para conquistar los corazones de los fieles y prestar nuestra disposición a la misericordia como acción de Dios para toda la humanidad.

El sacerdote al predicar habla en persona de Cristo, donde se muestra la sinceridad de su comportamiento, y la experiencia del encuentro con ella. En última forma solo por la palabra y la misericordia somos testigos de Dios vivo, que nos desborda con su amor.

- b) El ministerio guía de la comunidad: el primer servicio a la comunidad es de la misericordia en la unidad con el anuncio del evangelio. Y, por eso, los apóstoles en cuanto testigo de la palabra hecha carne y primeros transmisores de ella, son el fundamento irrenunciable de la Iglesia de todos los tiempos en la continuidad de este ministerio.

*“El ministerio ha de ser una actitud de servicio”*⁹⁰, de misericordia par con el otro, ha de predominar la preocupación por la persona en concreto y también por la comunidad, deberá promocionar la creación de una verdadera comunidad misionera, y en su pastoreo debe guiarse por la clarificación de unas prioridades. El sacerdote debe ayuda a los fieles a madurar su fe, es decir tiene la obligación de ir en busca de ellos y socorrerlos como lo hizo Nuestro Señor. En concreto, presenta al ministerio como un verdadero servicio a la comunidad de fieles,

⁹⁰ PERE MONTAGUT, *La oración en la vida y el ministerio del sacerdote*. Ed. BAC. P., 483

servicio de “hermanos entre hermanos” en razón del sacramento del bautismo. Esta actitud de servicio es misericordia pura, que debe llevar al sacerdote a reconocer y promover la dignidad de las personas.

Lo que hace al sacerdote diferente es que sea misericordioso como el Padre: *“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”*⁹¹, con una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que “preside” y “guía” una comunidad. *“En él se esperan ver virtudes como la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal, la libertad, le desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y en los pobres”*⁹².

Por lo tanto, el sacerdote está llamado a ser un pastor que cuida, que sea misericordioso como el Padre para todos los hombres en medio de la comunidad eclesial. Conquistar al pueblo de Dios desde su manera de vivir, para tener un encuentro con Jesús y crear un mundo de amor, donde abunde la misericordia de Dios.

2. EL SACERDOCIO EN LOS PADRES DE LA IGLESIA COMO COMUNIÓN DEL ENCUENTRO

Es necesario recordar a grandes rasgos lo que nos dijeron los Santos Padres sobre las tres líneas de la espiritualidad sacerdotal⁹³.

2.1 El don de la “grandeza” en el sacerdote.

Los Padres de la Iglesia lo consideran tan grande el sacerdocio que algunos de ellos, se han resistido a recibir el orden sagrado. San Efrén nunca sería ordenado, aunque consideraba al sacerdocio como una “preciosa margarita”. San Ambrosio huyó de Milán y se escondió en una tumba para evitar ser ordenado sacerdote y consagrado obispo. San Gregorio de Nacianzo se retiró a la soledad, pues no se consideraba capacitado para desempeñar las graves y sublimes responsabilidades que el sacerdote tenía.

⁹¹ Mt 5,7

⁹² JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis. Nº26.

⁹³ RODERO, F. *el sacerdocio en los padres de la Iglesia: antología de textos*. Ed. Ciudad Nueva. Madrid (España), 1993

A San Agustín le vieron derramar lágrimas días antes de la ordenación, sin saber que ese llanto estaba motivado por la profunda indignidad que descubría en su corazón ante tal gracia.

Y san Juan Crisóstomo hizo un tratado del sacerdocio en el que hace una apología del porque rechazó el sacerdocio, ya que tenía una idea elevadísima de la dignidad y consideraba que el sacerdote tenía que tener un alma pura, ser tan irreprochable que él no se creía digno del don.

La grandeza del sacerdote no se mide solamente por lo que hace, sino sobre todo por lo que es. De ahí que el concilio, al tratar los diversos documentos sobre el sacerdocio, ponga de relieve la excelencia del sacerdocio que tiene sus raíces en la identificación con Cristo sacerdote⁹⁴. *“El sacerdote ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige al pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo de Dios”*⁹⁵.

La grandeza del sacerdote debe buscarse, pues, en la identificación ontológica con Cristo, día a día a un encuentro personal. Juan Pablo II ya en el primer año de su pontificado lo confirmaba: *la enseñanza tradicional nos repite constantemente: “sacerdos alter Christus” y lo hace presente en cada sacerdote y como el sacerdote obra “in persona Christi”...esto se logrará gracias a la aceptación efectiva de cada sacerdote*⁹⁶.

La dimensión cristológica es la raíz de la grandeza del sacerdote: *“en cualquier lugar, en cualquier tiempo que se encuentre, el hombre que recurre al ministerio en la fe reconoce la trascendencia absoluta del acontecimiento Jesucristo, que le es manifestada por el sacerdote”*⁹⁷. El hombre al reconocer la grandeza de este don precioso teme perderlo por las cosas del mundo y por su vanagloria. La humildad es vital para ello, reconocemos que sin ella no podemos acoger la gracia de Dios.

El sacerdote se hace para muchos, está al servicio de los demás, debe desvivirse por el pueblo de Dios. No es simplemente una carrera, no es funcionalidad, sino que es desprendimiento de la misma vida para la vida de los demás. Es una entrega constante

⁹⁴ Concilio Vaticano II constitución dogmática sobre la Iglesia. *Lumen Gentium* 1, 10; *sacrosanctum concilium* 7; *Christus Dominus* 28; *PO* 1, 5, 10.

⁹⁵ *Lumen Gentium* 10

⁹⁶ JUAN PABLO II, *A los obispos de Argentina*, 24-09-1979.

⁹⁷ MANARANCHE, A., *Al servicio de los hombres, sígueme*, Salamanca 1969, p. 61.

desde el amor de Cristo quien cada día nos moldea gracias a ese encuentro de amor que es la oración. Donde uno pasa momentos agradables que motivan a seguir, como también momentos de angustia donde Dios guarda silencio. Es conocido también esta experiencia por San Juan de la Cruz como la *noche oscura*, donde existe la quietud de Dios en la vida interior.

2.2 El sacerdote, como hombre es “pequeño”.

Al igual que la conciencia de la grandeza de la dignidad del sacerdote, surge también la conciencia de su pequeñez, ya que el peso de este don supera todas sus fuerzas naturales. *“llevamos este tesoro en vaso de barro para que aparezca que la extraordinaria grandeza del poder de Dios y que no viene de nosotros”*⁹⁸.

Así, la pobreza del barro se contrapone a la grandeza del tesoro y la fragilidad del vaso a la riqueza del don del sacerdocio. Esta conciencia de la pequeñez del sacerdocio se hace más viva y presente cuando contemplamos en su misma carne al hombre viejo y las consecuencias del pecado. San Pablo menciona: *“por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas...”*⁹⁹ Es el reconocimiento de que somos hombres débiles, pero se nos encarga una gran tarea en favor de los demás.

La humildad que debe permanecer en toda la vida del sacerdote, encuentra su razón de ser en la conciencia de su pequeñez. Ambas realidades son las raíces para una buena vida espiritual llamado “encuentro”, que genera servicio a los demás. Estas experiencias encuentran sus fundamentos en la *kènosis* de Cristo¹⁰⁰ que es la imagen propiamente del servicio.

2.3 Necesidad de una “ascesis” constante.

A fuerza de esta pequeñez surge automáticamente la necesidad de la lucha, del esfuerzo por llegar a la identificación con la grandeza de nuestro nuevo ser, que no es otra cosa que la de Cristo crucificado: *“llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro*

⁹⁸ 2Co 4,7

⁹⁹ Ef 3, 5-13

¹⁰⁰ Flp 2, 6-11

cuerpo”¹⁰¹ De manera que debemos tener en cuenta la grandeza del ministerio porque los elegidos son *administradores de Dios*¹⁰².

La configuración con Cristo requiere de este proceso el cual es de todo los días, y tiene también como objetivo la identificación con Cristo sufriente en la cruz. Podríamos llamarle a la “ascesis” del sacerdocio una continua subida al calvario. Donde nuestro fin es Dios, quien nos muestra su amor en el acontecimiento del encuentro. Dicho de otra manera, es recorrer el mismo camino de Cristo y llevar la misma suerte del Maestro. Donde la ascesis adquiere así su profundo y verdadero significado desde Cristo.

La ascesis por tanto también debe considerarse como un fruto de la acción del Espíritu Santo que es el artífice de toda santidad. *“los presbíteros, consagrados por la acción del Espíritu Santo y enviados por Cristo, mortifican en sí mismos las obras de la carne y se consagran totalmente al servicio de los hombres, y así, por la santidad del que están enriquecidos en Cristo, pueden avanzar hacia el varón perfecto”*¹⁰³ De manera que, la vida espiritual no se agota en el ejercicio de su ministerio, ya que el carácter del orden no es generador automático de santidad. Estos son un acicate para la santificación desde la realización del encuentro con Jesús, que requiere de las exigencias evangélicas de santidad.

Este esfuerzo debe ser cada vez más sólida para poder servir al pueblo de Dios con mayor diligencia y amor en bien de todos sin ningún privilegio. Los sacerdotes tenemos que ser imparciales, en bien de todos y para todos. La realidad de ser ministros ordenados no quiere decir que ya no cometemos pecados, sin duda se nos muestra como una tentación que el diablo ronda buscando a quien devorar¹⁰⁴. El sacerdote no vive fuera del mundo, sino que está en ella como una luz que resplandece por la gracia de Cristo para los demás.

La fidelidad constante es el compromiso de servicio a los demás desde el momento en que es ordenado. Esto hace que su vida sea una continua inmolación por sus hermanos: ya que *“nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”*¹⁰⁵ en fin es una constante que lo lleva a vivir su entrega con alegría en favor de los demás.

¹⁰¹ 2 Co 4, 10

¹⁰² Tt 1, 7

¹⁰³ Presbiterorum Ordinis 12.

¹⁰⁴ 1 P 5, 18

¹⁰⁵ Jn 15, 13

3. EL CONCILIO VATICANO II COMO UNA ACTUALIZACIÓN DEL ENCUENTRO

3.1 Cambio de perspectiva y punto del encuentro

El Vaticano II ha supuesto un giro en la concepción del sacerdocio ministerial, este cambio de perspectiva venía fraguándose tiempo atrás. El concilio ha insertado el sacerdocio ministerial en el interior de la misión de toda la Iglesia y en correlación con el sacerdocio común de los fieles¹⁰⁶. Ha puesto de relieve la dimensión sacramental del episcopado¹⁰⁷.

Ha presentado al ministerio ordenado en el triple grado del episcopado, presbiterado, diaconado, ha definido al sacerdocio ministerial no solo en función de la eucaristía, sino también en orden a la triple misión de Cristo Cabeza: el anuncio evangélico, la santificación y el pastoreo del pueblo de Dios y ha fundamentado la sacramentalidad del episcopado y presbiterado, recurriendo al envío por el que Jesucristo hace partícipe a los Doce de su consagración y misión.

Está claro que el Concilio Vaticano II propone un cambio de perspectiva, ya que mientras Trento, acentúa en el ministerio el poder sobre el cuerpo eucarístico de Cristo, el Vaticano II propone como lo propio del ministerio, el obrar en nombre de Cristo Cabeza, que es ciertamente un servicio a todo el pueblo de Dios en las tres funciones, dando un gran relieve a la celebración de la eucaristía.

La elección de los Doce por Cristo es gracias a un llamado personal, de “cara” a “cara”, donde existe una relación de corazones que desborda al hombre desde su intimidad. Esta elección de los doce es un inicio de todo un proceso privilegiado para el elegido, llamado a servir, apacentar y celebrar los misterios profundos del misterio de Cristo.

El punto de partida es su consagración y misión que Cristo recibe del Padre, y de las que Jesús hace partícipes a los obispos, por la medición de los apóstoles, de los cuales fueron sucesores. Por ello consagración y misión no pueden dissociarse a la hora de

¹⁰⁶ Concilio Vaticano II. Constitución dogmática. Lumen Gentium Nº 10

¹⁰⁷ Concilio Vaticano II. Constitución dogmática. Lumen Gentium Nº 21

establecer el concepto de sacerdocio ministerio, de la Iglesia y de sacerdocio común, dado que ambos conceptos de sacerdocio son inseparables en Cristo, del que la Iglesia, el sacerdocio común y el ministerial reciben como participación. Este doble concepto óptico (consagración) y funcional presenta la clave de la interpretación del ministerio sacerdotal y proviene de la visión de la Lumen Gentium.

3.2 La sacramentalidad del episcopado y presbiterado bajo el carácter sacramental

El Concilio Vaticano II enseña que el presbiterado es un sacramento y que los obispos son sucesores. De modo que el Vaticano II presenta la sacramentalidad del episcopado como doctrina a aceptar y como plenitud del sacerdocio con palabras decisorias: “*Este sínodo enseña que por la consagración episcopal se recibe la plenitud del sacerdocio*”¹⁰⁸. De los sacerdotes dice en la misma constitución que “*en virtud del sacramento del orden, quedan consagrados como verdaderos sacerdotes de la Nueva Alianza*”¹⁰⁹.

Sobre la relación sacramental entre obispos y presbíteros, la constitución dice: que los obispos han confiado legítimamente la función de su ministerio en diversos grados a diversos sujetos en la Iglesia, señalando por tanto que los obispos confiaron dicha misión a los diversos sujetos.

En cuanto al carácter del sacramento del orden enseña el concilio que, en la ordenación de los obispos, “*la gracia del espíritu se confiere y el sagrado carácter de tal manera se imprime, que los obispos de manera que pueden hacer las veces del mismo Cristo Maestro, Pastor y Sacerdote y puedan actuar en su persona*”¹¹⁰. En cambio el decreto dice: “*que el sacerdocio propio de los presbíteros se confiere por un sacramento peculiar mediante el cual los presbíteros por la unción del Espíritu Santo son marcados con un carácter especial así son configurados a Cristo Sacerdote, de tal forma que pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza*”¹¹¹.

Desde esta óptica se rechaza la simple funcionalidad de su misión del sacramento, por lo que el primado del don frente a la función aparece con toda claridad. Propone el

¹⁰⁸ Concilio Vaticano II. Constitución dogmática Lumen Gentium Nº 21

¹⁰⁹ Concilio Vaticano II. Constitución dogmática Lumen Gentium Nº 28

¹¹⁰ *Ibid.*,

¹¹¹ Concilio Vaticano II. Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros. *Presbiterorum Ordinis* Nº 2

decreto primero lo ontológico como punto de partida necesario que capacita al ministro para el ejercicio de su función propia.

3.3 Funciones del sacerdocio ministerial y síntesis de la doctrina conciliar

El concilio relaciona obispos y presbíteros en una visión orgánica del ministerio sacerdotal, dentro de la cual la misión de los presbíteros no se limita a la función eucarística sino que abarca los *tría munera* al igual que los obispos.

La triple función del consagrado es de: enseñar, santificar y regir, de manera que la *tría munera* goza de una especial importancia; el de la predicación es primero en el orden ejecución, ya que es necesario para el nacimiento de la fe; el del culto precede ante el ámbito ontológico, dado que la Eucaristía es el fin y origen de toda la vida y actividad eclesial, y el pastoral es el primero en el ámbito cualitativo. Podemos sintetizar la doctrina del sacerdocio ministerial de los documentos fundamentales del Vaticano II, *lumen Gentium* y *Presbiterorum ordinis*, en las siguientes características:

- a) El sacerdocio ministerial proviene del mismo Cristo, de cuya consagración y misión participa el pueblo de Dios, es decir de la experiencia del encuentro con Cristo, hecho hombre.
- b) El sacerdote se inserta en el interior de un pueblo todo el sacerdotal y en la misión de la Iglesia entera.
- c) Los ministros sacerdotales hacen presente a Cristo Cabeza y Pastor, es decir, actúan *in persona Christi*.
- d) El concilio no habla genéricamente del sacramento del Orden, sino en concreto de la sacramentalidad del episcopado, paradigma ministerial de la sacramentalidad del presbítero y del diaconado.
- e) En cuanto al momento de la institución del ministerio se sitúa en todo el momento de la misión de Cristo.

Por consecuencia en el Concilio Vaticano segundo da una nueva manera de ver la vida del sacerdote ya que esta llamada a generar encuentro. El sacerdote es el medio por el cual los hombres se acercan más a Dios ya que ellos son los instrumentos de Dios y de la Iglesia. Son los pastores de su pueblo que deben velar por todos y en las condiciones que se encuentran. El sacerdote está llamado a generar comunión y a preservar el encuentro de amor para toda la vida.

CAPITULO TERCERO

HACIA UNA PRAXIS DEL SACRAMENTO DEL ORDEN EN PERSPECTIVA DEL ENCUENTRO

1. EL SACERDOTE NO DEJA DE SER HOMBRE AL “SER SACERDOTE”

Antes de ser hombre, el sacerdote es humano, es quien recibe el ministerio de Cristo. Está unido a Cristo como amigo además de establecer con él una íntima unión de toda la vida¹¹². Porque la oración procede de la instancia más personal y tiende a establecer una relación recíproca con un Dios personal, el mismo movimiento místico aparece como una actividad espiritual del estrato vital más profundo cercano a la esfera divina. Entonces la experiencia de Dios presupone e implica, en este sentido, una transformación interior. Ya no se permanece a nivel de una idea sobre Dios, si no que se experimente su presencia en la raíz misma del ser.

La pedagogía de Dios, como se deduce de la Escritura, es diferente según el tipo de hombre concreto al que se dirige. Esto conlleva a no perder de vista la realidad humana, es decir, nuestra naturaleza. La antropología es una gran ayuda para poder descifrar al hombre en concreto. Donde estudia los fenómenos humanos, posee las características de la interdisciplinariedad de todas las ciencias para alcanzar su fin último.

La formación como misterio, como acogida del misterio del hombre y respuesta a él. Misterio no simplemente como algo que no se puede entender, como oscuridad para la mente, ciego de fe; sino como posibilidad de mantener dinámicamente los dos polos opuestos aparentemente. Como pueden ser los límites y las aspiraciones del hombre, o el santo y el pecador presentes en el ser humano, la llamada de Dios y las pretensiones del instinto.

El hombre es ambas cosas, lo que toca es integrar ambas realidades: lo humano y lo espiritual. Es un trabajo constante donde se va manifestando la gracia de Dios poco a

¹¹² Concilio Vaticano II, Decreto Optatum Totius Nº 8

poco. Cosa que el hombre espiritual no es el hombre *perfecto* que ha suprimido todos sus instintos y no siente ya ninguna atracción de la carne.

Solo quien ha reconocido una llamada más profunda abre la vida a una relación auténtica, sin importar con quién estas y dónde estás. Porque la raíz del ministerio sacerdotal es el amor a Cristo y a su misión encomendada en favor de los hombres.

1.1 Hacia un modelo antropológico del hombre

Cabe resaltar la distinción que hace B. Mondin¹¹³, sobre el sentido de tal relación partiendo de la diferenciación entre los primeros elementos arquitectónicos y hermenéuticos. Los primeros indican las estructuras básicas, los elementos fundamentales sobre la que está construida la realidad humana; el segundo explicitan y analizan los datos teológicos ofrecidos por la fe, a la luz de la razón.

Propiamente es la relación entre los elementos antropológicos y teológicos. La antropología teológica es el elemento arquitectónico: es la Palabra de Dios contenida en la Biblia y en las fórmulas de fe de la comunidad cristiana. El hombre está hecho para la trascendencia, llamada a amar a Dios y según ella se realiza plenamente también en su humanidad.

La antropología psicológica constituye el elemento hermenéutico que permite captar y explicar los aspectos humanos, de la apertura a la trascendencia. El motivo por el cual el hombre ama a Dios y al prójimo.

Estas dos dimensiones se entienden, porque el ministerio sacerdotal vive en una constante relación entre dos interlocutores, desde el llamado vocacional. Para esto es necesario aclarar:

-Fe y razón: lo que aportamos aquí es la mente y el corazón del hombre. Ya que la fe es un acto humano, o con el término bíblico, el hombre creyente ama siempre con el corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas¹¹⁴. Es la revelación de Dios al hombre concreto, personal.

¹¹³ B. Mondin, *antropología teológica*, san Pablo. Alba 1977; Sigue esta misma línea el método trascendental de B. Lonergan, *Método en teología*. Sígueme, Salamanca 1988.

¹¹⁴ Dt 6, 4-7

-Esencia y naturaleza: la esencia trata de la constitución ontológica del hombre (capacidad afectiva, la sexualidad), en cambio naturaleza remite a aspectos más específicos y diferenciados del hombre (oír, pensar, desear).

Por lo tanto, en el hombre coexisten estos dos polos que son los combates de cada día, por ello debe canalizar y orientar la dimensión afectiva-sexual a un buen fin, con la recta intención a la que ha sido llamado.

1.2 Realismo antropológico y pedagógico

Para poder ser un sacerdote de verdad, primero tenemos que ser hombres de verdad, es decir vivir el principio fundamental: del realismo pedagógico que nace de un sano realismo antropológico.

Para ello es imprescindible el conocimiento del individuo concreto que se está formando, con sus irrepetibles particularidades. Pero el conocimiento de cada persona se basa en el conocimiento del ser humano en cuanto tal.

Toda pedagogía tiene su base en una determinada visión del ser humano, el hombre como ser social, inmerso en un proceso de cambio. Del hombre como imagen de Dios herida y restaurada en Cristo, así surge la pedagogía cristiana.

Para ello es necesario conocer las aplicaciones pedagógicas:

- a) Reconocer la bondad fundamental del hombre¹¹⁵
- b) Reconocer los límites y posibilidades del hombre, es un ser finito, suele tener muchas imperfecciones. Por ello debe reconocer las heridas y sus secuelas. Prevenir posibles desviaciones, curar y sanar las pasiones. La curación de la raíz la opera la gracia de Dios.
- c) Reconocer la eficacia de la gracia divina en el hombre, tiene en cuenta todas las dimensiones del misterio del hombre, misterio que solo se esclarece a la luz de la Encarnación y del misterio pascual.
- d) El realismo antropológico y pedagógico de Cristo Maestro, el Evangelio nos presenta a un Cristo conocedor profundo del corazón humano¹¹⁶. Este conocimiento parte de un apasionamiento por el hombre al que amó con rasgos de

¹¹⁵ Gn 1,31

¹¹⁶ Jn 2, 25

honda ternura y hasta el extremo de dar su vida por él¹¹⁷. Pero lo más sorprendente es que a pesar de conocer perfectamente su fragilidad, los llama y los destina a una misión¹¹⁸.

En último término, cabe recordar que todo hombre es una mezcla de grandeza y miseria, de tendencia a lo trascendente y de egoísmo, afectado por pulsiones y pasiones. Es lo que me hace ser hombre por naturaleza, pero se va formando por la gracia de Dios. Esta realidad no está lejos del pueblo de Dios, al contrario ella permanece en oración por sus sacerdotes.

1.3 El amor, motivación fundamental del “ser sacerdote”

El amor empieza por el deseo del formando que tiene al formarse para esto, de la fuerza con la cual quiera hacer propio el ideal de vida que la vocación le presenta. Dado que el hombre se mueve siempre por motivos, nadie escapa de esta realidad: todo acto de voluntad tiene un contenido y está orientado hacia un fin.

Implica también el esfuerzo y sacrificio para orientar nuestro corazón. Es una realidad seria y profunda, que es motivada por el mismo amor de Cristo desde el momento en que hemos sido llamados. Elegidos para una misión de servicio que exigirá olvidarse de sí y de los propios intereses.

Esta fuerza emotiva inicial puede o no permanecer con el pasar del tiempo. Para todo sacerdote resulta provechoso recordar el momento en que percibió por primera vez la voz de Dios, para volver a sentir su atractivo. Pero esta fuerza no puede ser la motivación central y permanente de toda una vida. Los sentimientos van y vienen, son los que acompañan profundas convicciones o sobrenaturales.

Lo central y constante es el *encuentro* del *amor* que vive el sacerdote para sí y para los demás. Este *encuentro* permite al sacerdote vivir de verdad en relación, sin olvidar el don que ha recibido. La motivación central del sacerdocio es el “encuentro” personal con Jesús desde su llamado vocacional hasta su muerte por así decirlo, es acto de toda la vida.

La única fuerza definitiva es la del encuentro de amor con Cristo, Hijo de Dios Padre en la moción del Espíritu Santo. Autor de este acontecimiento que guía la Iglesia marcando la santidad de cada sacerdote en su historia personal.

¹¹⁷ Jn 13,1

¹¹⁸ 2 Co 12, 9-10

Él determina el “*peso*¹¹⁹” de una persona. El amor hace al hombre capaz de sacrificios, de privaciones de otro modo inexplicables, de grandes realizaciones, de donación total y desinteresada. El hombre tiene necesidad profunda de amar y ser amado. “*El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida carece de sentido si no se revela el amor, si no se encuentra con el amo, si no lo experimenta y no lo hace suyo, si no participa de él vivamente*”¹²⁰. En el amor encuentra el sentido de su existencia, aquello que polariza y orienta todos sus anhelos, metas y sueños como servidor de una gran comunidad llamada: pueblo de Dios.

La vocación que tiene el sacerdote es porque vive escondido con Dios, en su intimidad, pero a la vez profunda porque debe trabajar en su intimidad. La experiencia que encuentra con Jesús en la oración es una manera de amar, de estar con él, de intimidad y cercanía con Dios que desvela al hombre lo que es. “*...razón de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. Ya desde su nacimiento, el hombre está invitado al diálogo con Dios: puesto que no existe sino porque, es creado por el amor de Dios, siempre es conservado en el mismo amor...*”¹²¹”.

No de un amor cualquiera o a cualquiera. El único amor capaz de herir el corazón del hombre en su vocación sacerdotal, es el *amor a Jesucristo, su Señor*. En el fondo esa es la esencia de su vocación: su identificación amorosa y vital con Cristo sacerdote. Jesucristo le ha llamado por amor y para pedirle su amor. A todos los sacerdotes les repite el ruego íntimo que hizo en el cenáculo a los primeros: “*permaneced en mi amor*”¹²². Les pide un amor total y exclusivo: “*los ha elegido para que estén con él*”¹²³. Les aclara además que “*quien no sea capaz de darse a él por encima de padre, madre... y hasta su propia vida, no puede ser su discípulo*”¹²⁴.

Por tanto, el joven seminarista está llamado a amar a Cristo e identificarse con él para participar de su sacerdocio en favor de los hombres. De todas maneras puede haber muchos resortes de motivación que respalden el amor a Cristo, desde su historia personal, pero lo fundamental no debe perderlo. El buen formador sabe aprovecharlo como un padre, pero ellos no pueden ser la base de la formación ¡No! Solo el amor a Cristo y al

¹¹⁹ SAN AGUSTIN, *Confesiones*, XIII, (IX,), 10

¹²⁰ SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Hominis*, n. 10.

¹²¹ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, n. 19

¹²² Jn 15,9

¹²³ Mc 3,14

¹²⁴ Lc 14,26

hombre es capaz de dar sentido a la renuncia, al esfuerzo, a la ascesis, a la disciplina. Solo él es capaz de hacer que el candidato al sacerdocio viva responsablemente y activamente la decisión en su vocación. “tener la experiencia del encuentro de amor con Jesús el Cristo”.

Existe el peligro que sin ese amor el seminarista aguantará quizás los programas formativos y soportará pasivamente los consejos de los formadores; pero ¡cuidado! No buscará hacerlos suyos, vivirlos, encarnarlos. Sabemos que la formación al sacerdocio no es fácil. Sin ese amor estará siempre al acecho la perspectiva del abandono.

La vida sacerdotal implica estar dispuesto desempeñar siempre apacentando el rebaño del Señor. Para ello debe de haber encontrado con certeza en el amor a Cristo, el sentido de su vida, y que es capaz de perseverar en las tribulaciones sin desfallecer. El amor hacia Cristo lo debe ser todo: principio y fin para servir a los demás sin ninguna distinción.

Por lo tanto, ¡el amor a Jesucristo debe ser el *talante* para el encuentro de amor personal! De esa manera se entiende que también existen algunos hombres que entregan su vida por una causa mayor, que es el servicio por los demás y para los demás. El horizonte es Jesucristo, más no una idea o un concepto, siempre lo será para un enamorado del camino sacerdotal, es verdaderamente ¡apasionante! es mágico.

2. EL VALOR DE LA ORACIÓN COMO EL MEDIO DE AMISTAD EN EL ENCUENTRO DE AMOR

El presbítero tiene unos motivos particulares para buscar la santidad. Tiene que ser hombre de Dios, el hombre que vive de la amistad, de la intimidad con Jesucristo, y de la búsqueda constante de Jesucristo. Tal es la raíz que alimenta la labor pastoral y los intereses de los pastores.

2.1 Formación en el espíritu de oración

Requerimos ¡urgente!, ser imágenes de Dios en la tierra. “...*al ser imagen viva de Jesucristo, cabeza y pastor de la Iglesia, el sacerdote procura reflejar en sí mismo la perfección humana que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre siendo transparencia de sus actitudes hacia los demás*”¹²⁵. Llamados para entrar en comunión con Dios en nuestra

¹²⁵ JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis*, n. 43

intimidad. Entrar en la relación que tiene Cristo con el Padre, en la vitalidad relacional, hasta el punto de hacer propia su misma personalidad, en la comunión con la santísima Trinidad.

El formarnos en la oración, es orar o adorar en “espíritu y verdad”¹²⁶ como Jesús mismo le dice a la samaritana. Esto quiere decir que debemos ponernos en la verdad de Dios con la verdad de sí mismo para captar la verdad de Dios nuestra verdad personal.

El itinerario de la formación en la oración¹²⁷:

a) La oración que Cristo nos ha enseñado no solo es adoración y culto, sino descubrimiento del yo, de la propia realidad personal, del misterio que nos alberga.

b) La oración traza a lo largo de la historia del creyente la experiencia de su progresivo abrirse al Espíritu y a su acción transformadora.

c) La oración no nos pone simplemente frente a la voluntad de Dios, sino que nos hace entrar progresivamente en el mundo de los deseos divinos.

A partir de estas premisas queremos indicar que, a la luz de la introspección psicológica, el hombre descubre en el fondo los deseos que revelan el grado de libertad y madurez de la persona. En la Biblia el hombre se presenta como el “ser viviente que desea”, como *ser- deseo*¹²⁸ Dios al soplar el hálito hace que el hombre tenga la capacidad de desear, apertura a lo infinito.

La oración tiene su propio lenguaje. Es la oración natural donde el hombre vive en la autenticidad de las propias experiencias. Por ello surge la manera de expresarlo como algo espontáneo e inmediato que sale a la luz como signo de agradecimiento. La oración es ante todo “*un estado de estupor, gratitud y confianza*” como menciona R. Guardini. Que descubre al mismo hombre lo que es en su diario vivir, también esto es orar en espíritu y verdad.

La oración natural también puede expresarse con un grito del corazón, que expresa la desesperación de una situación existencial. Entonces el tono es dramático y doloroso, pero es también y siempre oración auténtica: *Señor, ten piedad de mí*, o bien: *señor, ¡no puedo más!*, *señor date prisa en socorrerme*, o *Señor estoy agotado*. El ejemplo claro

¹²⁶ Jn 4, 24

¹²⁷ CENCINI, A. *Vida consagrada*, Ed. San Pablo. P. 214

¹²⁸ Gn 2,7

para esto es Jesús, que en un momento de su vida exclamó: “...*me muero de tristeza...*”¹²⁹ porque apreciaba particularmente la verdad de esta invocación.

La verdad del hombre se manifiesta en la manera de orar con Dios, por ejemplo encontramos en el publicano cuando pide perdón: “*Señor, ten compasión de mí, que soy un pecador*”¹³⁰. Con una sola oración llega a un encuentro íntimo con Dios, se había desnudado completamente de sí mismo. Este grito que clama es un grito auténtico de oración como grito del corazón al Padre.

Sin oración el ánimo se endurece y pierde significado la vida del sacerdote, es necesario ver más allá de nuestros sentidos la oración es más que un arrodillarse o cerrar los ojos, ellos son los ¡actitudes! mas no la oración. La oración desvela al hombre lo que es, le interpela y por medio de ella Dios se da a conocer, ya que es uno de medios fundamentales en la relación del ministro con Dios. Es un trato de Padre a hijo y de hijo a Padre¹³¹, relación que guarda un profundo significado de comunión y encuentro con Dios.

Para lograr tal operación es necesario desenterrar todo prejuicio humano, es decir captar y ayudar a captar en sí mismo el don de la vocación. En el evangelio tenemos maravillosos ejemplos es “desenterrar el deseo. Jesús con las personas que trata manifiesta aquello que la situación particular lo exige. Con la samaritana¹³², Jesús descubre y hace reconocer en su raíz la necesidad natural de la sed.

El amor es simple transformador, elimina los miedos e infunde la fuerza de afrontar riesgos más grandes. Solo en la oración el ser humano puede abrirse a esa realidad diferente. Ya que la oración, es sobre todo acción de Dios, es desear con el corazón de Dios.

Nuestra oración es como el pozo de Jacob, ante el cual Jesús, se encuentra con la samaritana para ofrecerle el agua viva, enseñándole a ella, a nosotros y los jóvenes a orar, en *espíritu y verdad*. La oración en sencillas palabras es ver a Dios, dejarse tocar por él.

La oración es el desarrollo de la semilla que Dios deposita en el alma del cristiano el día de su bautismo. La vida interior necesita de esta dimensión tan profunda, que es el

¹²⁹ Mc 14,34

¹³⁰ Lc 18, 13

¹³¹ Jn 17

¹³² Jn 4, 1-42; Cf Lc 19, 1-10

diálogo, la comunicación entre el amor y el amado. Porque es el alimento de cada día en la vida de un pastor de almas, de un hombre que vive para servir a los demás.

2.2 Orar como pastores

Muchos de los pastores se afligen por no tener tiempo para la oración, o gozan de una mala organización para ella. Hay un cierto temor porque dicen que no “*viven a tope*” sin oración.

En cierta medida podemos hablar de que hay una cierta mala conciencia afligida por parte del sacerdote frente a la oración. Circunstancias en las que se muestra incompleto, por no cumplir con la oración. Hay un peligro de frustración al pensar que no son fieles a esta vocación por no hacer oración o por no saber hacerla. Sabiendo que el punto fundamental no es el, sino Dios que sale a su encuentro: como lo hizo con Adán, con los discípulos y con todos los hombres que acudían para ser curados por él. La oración no depende de nosotros, Dios es quien da el primer paso para este acto tan maravilloso. Lo que nos toca hacer es reconocer el corazón de Dios que está presente en medio de nuestra debilidad y en medio de la comunidad como sostén de un *encuentro* de amor que va creciendo día a día.

La oración más que un imperativo categórico, es una necesidad del corazón. Hay que estimar la oración. Podemos ver algunas aproximaciones a la oración de Gabriel Marcel, dice así: *La oración es apertura del yo al Tú infinito, en comunidad*. El abrirse implica una condición humana, es compartir la riqueza interior. Apertura del yo, se trata de abrir mi propia historia. La oración es algo vivo, algo que despierta al sujeto pasivo. La oración es una entrega, bueno más que entrega es un encuentro de amor que lo resume todo, ya que Dios es quien inicia este encuentro.

Gisbert Greshake, en su libro “*Ser sacerdote*”, dice: “*en la oración el creyente no experimenta solo la cercanía amorosa de Dios sino, también, su aparente ausencia y su carácter misterioso. Es decir, toda la oscuridad y todo el peso que acompaña a la fe. Dios no es un ídolo al que podemos evocar en la plegaria para nuestra autosatisfacción espiritual. Dios es totalmente Otro. La oración, no sacia nuestra sed de plenitud, sino que más bien, la aumenta*”¹³³. Por lo tanto, la oración requiere de una experiencia íntima con Dios vivo y real.

¹³³ GRESHAKE, G. *Ser sacerdote*. Ed. Verdad e imagen. P. 181

2.3 Algunos recursos generales como puntos de apoyo espiritual

Son medios que van configurando su personalidad, pues lo ponen en contacto con las verdaderas fuentes de la vida espiritual: los sacramentos, la oración, el Evangelio. Lo acercan a Dios, moldean su corazón de apóstol. Sin ellos el seminarista no será un buen seguidor de Cristo, ni mucho menos un buen sacerdote.

La oración

“La oración es en cierta manera la primera y la última condición de la conversación, del progreso...el cual define la identidad sacerdotal...”¹³⁴. La oración es generadora de amor: en ella la voluntad se identifica con la voluntad de Dios. Es necesario orientar al seminarista para que quiera orar, el seminario debe ser una escuela de oración y una comunidad de oración.

La oración es un arte interior que es de cada día, necesita un acompañante para poder ser verdadero discípulo de Cristo a su imagen. La oración nos lleva a un *encuentro* con el Señor, o mejor dicho es la cita con Dios la oración íntima y profunda.

Vida interior

Para vivir la vida interior se necesita del silencio interior y exterior. Esta vida tiene valor básico para un seminarista, hasta para el sacerdote. Es la vida de comunión con Dios, un abrazo a Dios, ofreciendo y agradeciendo; entre alegrías y tristezas. Es cada día una edificación interior que tiene su fundamento en Dios sin la cual no tiene sentido hablar de la vida interior.

Vida litúrgica y sacramental

La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza¹³⁵. De manera que el sacerdote ha sido llamado a servir y presidir el culto a los fieles. No solo se trata de saber la liturgia o seguir las rubricas, ¡no!, es vivir la liturgia donde debe constituir el centro de la vida de los fieles.

Lo que se quiere en esta fase, es una buena formación en el aspecto litúrgico sacramental. Que el hombre por medio de esta celebración llegue a *encontrarse* con Dios,

¹³⁴ JUAN PABLO II, *Carta Novo Incipiente* n. 10

¹³⁵ Sacrosantum concilium, n. 10

para ello el sacerdote debe ser un hombre de Dios, un canal por donde la gracia de Dios pueda llegar a los hombres.

Liturgia de las horas

A través de ella la esposa habla al esposo¹³⁶. Es propiamente cumplir con el mandato del Señor de orar incansablemente, alabar al Padre y por la salvación de los hombres. Para el seminarista debe ser el punto clave en su seguimiento como discípulo en formación. El orar con los salmos debe ser profunda e intensa que ayude a mediar el encuentro con el Señor.

La dirección espiritual

Es la colaboración de un sacerdote preparado que brinda a otro que lo necesita, como también a quien se está formando. El camino sacerdotal se entiende desde la comunión entre las diferencias. Por ello el director espiritual no es quien debe decirte si esto es tuyo o no, sino que te ayuda a *discernir*, te ayuda *encontrar la dirección* y motivarte a seguir libremente.

Lo que busca el formando es colaboración del director espiritual, todo esto bajo la asistencia del Espíritu Santo. Por eso la dirección espiritual es el diálogo a tres, es decir: el formando, el director y el Espíritu Santo. Los dos primeros deben escuchar la voz del tercero para comprender la voluntad de Dios y tomar una decisión.

El director espiritual es colaborador en la acción de Dios. Ayuda tanto al sacerdote como al seminarista en su vida espiritual, para que puedan tener un encuentro a solas con Dios en su modo de vida. Esta formación se percibirá luego en el servicio al pueblo de Dios, en la entrega generosa para los demás.

Un programa de vida espiritual

El medio principal en el trabajo espiritual es la oración y la confianza en Dios. Es necesario contar con un programa de vida interior que nos ayuda a seguir el camino del encuentro personal. Esto no debe determinarnos, como una ley o norma, al contrario es un estímulo para ordenar la vida espiritual. Esta vida debe ser vivencial, experiencial y de manera general un camino a la santidad personal bajo la acción del Espíritu Santo.

¹³⁶ Sacrosantum Concilium, n. 84

La lectura espiritual

Debe ser la Sagrada Escritura, como reza el salmo (119, 123) gustarla como la miel dulce al paladar, junto a ella se puede ser de gran provecho la lectura de los santos padres, principales documento del Magisterio. Esto debe ser algo periódico y frecuente ya que son medios que ayudarán al formando como al sacerdote a no desvincularse de la vida eclesial ni espiritual.

*Relación y convivencia de sacerdotes*¹³⁷

Término clave para esto es la fraternidad. Donde es una exigencia para todos los ministros sin excluir a nadie, es una tarea pendiente que deben trabajar. A veces se cae en el error del egoísmo por tener la mejor parroquia, o por ser el vicario, o entre otras cosas que no tienen sentido. Como hombres están llamados a vivir como en familia, ya que son una familia en la Iglesia al servicio de los demás.

La fraternidad sacerdotal se entiende desde la comprensión al otro, es consolarse mutuamente, ayudarse como hermanos¹³⁸. Actualmente es un gran reto, pero esto no quiere decir que así debe ser siempre. La relación del sacerdote con el otro parte desde el principio de Dios, del encuentro con Dios. La relación de fraternidad implica ponerse en los zapatos del otro, ser empáticos como servidores de una misma madre, (la Iglesia).

3. MINISTROS DE LA EUCARISTIA “EL CENTRO MISMO DEL MINISTERIO SACERDOTAL¹³⁹” EN LA DIMENSION DE LA CARIDAD PASTORAL.

Somos “amigos” de Cristo, porque fue Él quien nos llamó así. Por ello obramos en su nombre *in persona Christi capitis*. Propiamente en la eucaristía es donde repetimos las mismas palabras que Él pronuncio.

La eucaristía es la centralidad de la vida cristiana, *fuelle y culmen*¹⁴⁰. La comunidad que se identifica por tener la eucaristía como fuente de toda la espiritualidad cristiana.

¹³⁷ Presbiterorum ordinis, n.8

¹³⁸ 2Cor 1,3

¹³⁹ CONGREGACION PARA EL CLERO: *el presbítero ante el tercer milenio cristiano*. Ed. Palabra. Madrid (España), 2000 P. 45

¹⁴⁰ CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Const. *Sacrosantum concilium*, n. 2, 10.

Por ello la eucaristía es un punto de mira del ministerio pastoral, donde aplica todo lo que ha aprendido y vive a imagen del Buen Pastor cuidando a los fieles.

El presbítero tiene la obligación de inculcar a los fieles a que participen de este banquete, del sacrificio del altar. “*celebrar bien constituye una primera e importante catequesis sobre el Santo Sacrificio*”¹⁴¹. De ahí que es importante que los fieles le vean recogido, con devoción, y con amor celebren el gran sacrificio espiritual.

Al salir en la labor pastoral el sacerdote tiene la misión de: “*...promover el culto de la presencia eucarística aun fuera de la celebración de la Misa, empeñándose por hacer de su iglesia una casa de oración cristiana*”¹⁴². Solo el sacerdote que sabe rezar y orar puede guiar al pueblo de Dios a ese encuentro con los demás.

3.1 La fuente permanente

Es el amor de Dios por su pueblo o el amor pastoral del Señor, son la fuente original. Pero la fuente permanente más próxima a nosotros es el carisma presbiteral recibido en la ordenación.

Hemos recibido nosotros del Espíritu Santo un carisma para amar pastoralmente a la comunidad. En virtud del carisma recibido estamos llamados a darnos por los demás, hacer los mismos gestos que Jesús hizo.

Lo que nos debe animar es el pueblo, es el motivo principal, de ir hacia ellos. Esto es la fuente permanente. Lo esencial es el pueblo de Dios, el sacerdote se hace sacerdote para ellos, no para la universidad, colegio, etc. Esto puede darse en segundo lugar, pero lo imprescindible para el sacerdote es el pueblo de Dios. Es el campo de desarrollo integral de su persona, porque se hace cura para los demás, estar al servicio *del* pueblo y *desde* el corazón de Cristo.

3.2 La fuente próxima – eminente e inmediata

Aquí la fuente principal es la eucaristía por antonomasia. La caridad pastoral encuentra en la Eucaristía, mencionaba San Juan Pablo II, “*su expresión plena y su alimento supremo*”¹⁴³. La actualización del sacramento por las manos del sacerdote, indican que

¹⁴¹ CONGRAGACION PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 49

¹⁴² CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Const. *Sacrosantum concilium*, nn. 112, 114, 116, 120, 122-124, 128.

¹⁴³ JUAN PABLO II, *pastores dabo vobis*, N. 23

hemos sido asociados con Él en la dinámica de esta doble entrega: de la entrega pastoral a los hermanos, de la entrega filial a Dios.

La eucaristía es el lugar del encuentro con Dios, ahí nos *encontramos* con Dios en su plenitud. Por eso es conocido también como el sacramento del amor. Un amor envolvente, y porque no decir, un encuentro envolvente que genera misericordia y ternura para el mismo sacerdote como para los fieles.

El sacerdote al celebrar la eucaristía es asociado con Él a sumir la celebración como algo propio. Para ser claros aun, cuando el sacerdote identificado con Cristo en la celebración, pronuncia: *esto es mi cuerpo*, es decir, esta es mi persona que se entrega por ustedes. Denota una cosa y connota otra. Denota al cuerpo de Cristo, pero connota su propia persona, de un cura que se entrega por su pueblo.

La fuente inmediata de la caridad pastoral es el ejercicio mismo del ministerio: “*La vida espiritual del sacerdote se desarrolla a través de su ministerio*”¹⁴⁴. Su modo de vivir hablará mucho, por ello la oración une a Dios en la manera que hay relación. El ministerio no es un obstáculo sino alimento, alimento *para* los demás; y no un alimento funcional, sino fundamental.

La oración comunitaria y personal marca un hito importante para el ministerio, que le ayudarán a interrelacionarse con Jesús. La dimensión del encuentro no solo abarca entre el sacerdote y Dios, ¡no!, esto se manifiesta en el servicio que presta a los fieles y en su relación con sus hermanos. Si no, es como se arrojara la gracia de Dios a los sacos rotos, en una tierra estéril. El amor pastoral del presbítero ha de ser ungido de este carácter afectivo, familiar que le ayude también a él en su santificación personal.

3.3 La reconciliación como encuentro de amor

La reconciliación es el sacramento por antonomasia del encuentro y de la conversión hacia el Otro a través de la cercanía, la misericordia y la ternura del mismo. “*Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo ven así, no pueden vivir convirtiéndose sin cesar a Él. Viven, pues, en estado de conversión*”¹⁴⁵. Así la reconciliación es el sacramento cuyo objetivo es hacer volver a la persona al *encuentro* de amor con Dios.

¹⁴⁴ JUAN PABLO II, *pastores dabo vobis*, N. 25

¹⁴⁵ JUAN PABLO II, Exhort. Ap. *Reconciliatio et poenitentia* (2 de diciembre 1984), n. 18: AAS 77 P. 224-228

El sacerdote tiene que ser el claro ejemplo, de esta vuelta a casa, es decir de volver al Padre, a pesar del pecado por más grave que sea. El ministro debe fomentar que el amor de Dios nunca se aparta de nosotros, Él siempre nos espera.

En el sacramento de la reconciliación, el sacerdote genera un *encuentro de amor* entre Dios y los hombres. Se puede llamar como el que engendra hombres para Dios. Porque es ahí donde debe mostrar el rostro humano de Dios. A un Dios que no es juez sino, amor, que es muy afecto al hombre.

*“Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra Él y, al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que ofendieron con sus pecados. Ella les mueve a conversión con amor, su ejemplo y sus oraciones”*¹⁴⁶. Para esto se necesita de los sucesores, es decir de los presbíteros que realiza el servicio desde los hombres como consuelo de Dios.

Los sacerdotes deben ser padres para todo el pueblo de Dios. Ellos son quienes motivan a los fieles para que acudan al sacramento de la reconciliación y prestar mucha disposición a la hora de confesarlos, cuando ellos se lo pidan¹⁴⁷. Cuando celebra este sacramento, el sacerdote, es la imagen del Buen Pastor¹⁴⁸ que busca la oveja perdida, el buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera a su hijo pródigo. En una palabra el sacerdote es el signo e instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador¹⁴⁹.

La reconciliación es el punto clave del encuentro desde la dimensión de la pastoral. Gracias a la pastoral gozamos de la cercanía hacia las personas y podemos humanizarnos al mismo tiempo como verdaderos pastores. Tal hecho nos permite reconocer la magnitud de la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación.

Cristo se entrega por completo en cada encuentro sacramental, porque está totalmente disponible para cada uno de nosotros. De forma que el sacramento de la penitencia le ayudará a ser consciente de sus propios pecados. Y a luchar enérgicamente contra sus tendencias del mal. Antes de perdonar a los otros en nombre del Dios vivo, tiene

¹⁴⁶ CONCILIO VATICANO II. *Lumen Gentium*, n. 11

¹⁴⁷ CODIGO DEL DERECHO CANONICO can. 986

¹⁴⁸ Jn 10

¹⁴⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n. 1465

necesidad él, a su vez, de ser perdonado. No es más que un servidor que, está dispuesto a dar la vida por su pueblo.

La experiencia es un lugar privilegiado, o dicho de otra manera, *un lugar teológico*¹⁵⁰ para poder encontrarnos con Dios, sobre todo en el sacramento de la reconciliación. Desvela al mismo sacerdote su fragilidad y le invita a ser compasivo, como Dios lo es con él.

3.4 La caridad pastoral, el sacerdote visto desde el amor

Cuando se plantea hoy la identidad del presbítero, no puede olvidarse la caridad pastoral, a la que se le considera clave interpretativa del ser y del actuar del sacerdote. No puede entenderse el sacerdocio sin la caridad pastoral. *“el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo. La caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del orden, encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía. Esta misma caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico y capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestra manera de comportarnos con la gente. Y resulta particularmente exigente para nosotros”*¹⁵¹. De esta manera la caridad pastoral es como nuestro documento de identidad por el cual seremos evaluados para demostrar cuanto hemos amado y servido a los demás.

También cabe resaltar lo que dice el Mons. J. María Uriarte: *“Nuestra caridad pastoral tiene su origen significativo en la caridad pastoral de Cristo que nos es transmitida por el Espíritu Santo, a partir de nuestra ordenación”*. *“la caridad pastoral es el amor principal del presbítero... la caridad pastoral no es único amor que tiene un cura, pero todos están en un nivel de todos los amores y opciones que existen en la vida de un cura. Es la caridad pastoral la que colorea, matiza, impregna, da su perfil específico a todas y a cada una de las virtudes en la vida del presbítero. El amor fiel del pastor es un amor asimétrico,*

¹⁵⁰ CENCINI, Amedeo. *Sacerdote y mundo de hoy*. Ed. San Pablo. P. 39

¹⁵¹ Juan pablo II. Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis. Nº 23- 1993

que sigue ofreciéndose al margen de la aceptación recibida”¹⁵². Esta caridad debe ser entregada con la misma vida, es decir dar testimonio y credibilidad de lo que somos.

Presentamos unos acercamientos

a) *La afectividad en la caridad pastoral*. No hay caridad sin afectividad, sin embargo, queremos subrayar una vez más el dato de que la caridad pastoral incluya la afectividad. Y conviene recordar que la caridad queda desnaturalizada cuando se le retira la afectividad, porque la caridad es su esencia que es también afectiva. Si es urgente subrayar y potenciar actualmente el compromiso operativo de la caridad. En el Nuevo Testamento el amor incluye de forma sorprendente la dimensión afectiva: entre el Padre y el Hijo, la relación es profundamente afectiva: “*entonces se oyó una voz que venía de los cielos: Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco*”¹⁵³. El Hijo nos presenta al Padre caracterizándolo con un amor de entrañas¹⁵⁴. Jesús ama a todos con ternura, con amor entrañable, con pasión, es decir padeciendo de amor: “*...al oír esto Jesús les dijo: no necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores*”¹⁵⁵.

b) *La caridad pastoral es más que la dedicación al ministerio*, es más que la entrega pastoral, es más que la disponibilidad a lo que se le pida y es más que priorizar los amores del sacerdote. La caridad supone un más, que es participar de la caridad de Jesucristo Pastor. La caridad pastoral del sacerdote se participa. En otras palabras la caridad pastoral es una llamada de atención a ser perfectos.

La caridad pastoral es el don del Espíritu en la ordenación. El Espíritu es el sujeto que da la caridad pastoral de Jesucristo¹⁵⁶ a los sacerdotes en la ordenación. “*Para vivir cada día según la gracia recibida, es necesario que el sacerdote este cada vez más abierto a acoger la caridad pastoral de Jesucristo, que le confirió su Espíritu Santo en el sacramento recibido*”¹⁵⁷.

La Eucaristía es expresión plena de la caridad pastoral de Cristo, ya que en la Eucaristía se hace nuevo la entrega filial de Cristo al Padre y la entrega de Cristo Pastor a los hermanos. Por ello el sacerdote debe ver y vivir la Eucaristía no solo como alimento

¹⁵² J.M. URIARTE, “la caridad pastoral: su perfil y su centralidad”, en su libro: Ministerio presbiteral y espiritualidad, San Sebastián 1999, Pgs.57.60.60.61.70.72

¹⁵³ Mc 1,11

¹⁵⁴ Lc 15, 11-32

¹⁵⁵ Mc 2, 15-17

¹⁵⁶ Juan pablo II. Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis. Nº 21

¹⁵⁷ Ibid, Nº 74

de la caridad pastoral, sino como la expresión plena de su caridad pastoral, aspecto imprescindible en la vida del presbítero.

*“La caridad pastoral es un don y un deber; una gracia y una responsabilidad”*¹⁵⁸. Por ello es necesario un proceso de participación y no se quede estancado. De esta manera el sacerdote es persona de la caridad. Y no puede ser de otra manera: dar entrada a la caridad es entregarle sin más que la configure la vida y la persona del sacerdote¹⁵⁹. La caridad pastoral es la nota distinta del presbítero, este no tiene otra: su identidad es la caridad.

La fuerza fundamental de la caridad pastoral en la experiencia del encuentro es:

a) Identificación de la caridad pastoral como experiencia de encuentro:

- *Capacidad integradora*, donde hay caridad no puede no haber integración, ya que es ella la que asume la función de integración: *“un solo rebaño y un solo pastor”*¹⁶⁰.
- *La prioridad de la caridad pastoral*, todos los valores, intereses y amores del sacerdote están subordinados a este amor, la respuesta no es otra que el Amor del Pastor en el pastor.
- *Universalidad*, un espíritu del sacerdote abierto a todos y en gratuidad dentro del contexto actual de fuertes y cerrados. No se debe caer en un partidismo.
- *Responsabilidad pública*, el pastor debe tener las fuerzas suficientes para afrontar todo. Lo propio del pastor es estar atento al rebaño y a cada oveja, conducir al rebaño.
- *Amor de pasión*, el amor de pasión teniendo delante al amor de una madre, incluye: ama con toda la persona y nada de la persona queda fuera del amor; es un amor de entrañas y de obras; va más allá de lo razonable y se pasa amando.
- *Entrañas de misericordia*, la necesidad de encontrar en el sacerdote una acogida entrañable no solo es de hoy, es de siempre y responde a lo que es muy de él. La actitud de consuelo y de misericordia, tan reclamada hoy, debe integrarse en el pastor que acoge y que también conduce: *“tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no peques más”*¹⁶¹.

¹⁵⁸ Juan pablo II. Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis. Nº 74

¹⁵⁹ Cf. A. CRESPO HIDALGO, “La caridad pastoral informa otras virtudes del pastor” en CEC, Eucaristia. P. 77-110

¹⁶⁰ Jn 10, 16

¹⁶¹ Jn 8, 11

- *Amor entregado*, la caridad pastoral del presbítero no puede separarse de Cristo que no solo se entregó por nosotros sino que fue entregado por el Padre como amor suyo a los hombres¹⁶². En Él somos amor entregado a los demás. Una actitud martirial es connatural al que es pastor en Cristo Pastor; es la vida del sacerdote en Cristo.

Por lo tanto el Pastor es Cristo y el rebaño es suyo, porque el Padre se lo ha encomendado para que cuide de ellos. La experiencia del encuentro de amor con Cristo lo transforma todo y además es la excelencia y la gloria del sacerdote para el servicio de los hombres.

b) Campos en los que es notable la presencia de la caridad pastoral:

- *La unificación de la persona y de la vida del sacerdote*, es la clave para dar unidad entre la vida y la actividad del sacerdote como donación a los demás, desde el acontecimiento del encuentro con el amor de Dios.
- *La caridad pastoral en el ministerio del presbítero*, la caridad pastoral cualifica al ministerio, donde determina nuestro modo de pensar y obrar. Quien ama de corazón no puede dudar en donarse para los demás. De este modo la persona queda implicada con este acontecimiento desde la relación con Cristo, de tal manera que la caridad pastoral es igual a la total donación de sí.
- *La caridad pastoral en la comunión eclesial*, es la manifestación de Cristo por su Iglesia en la cruz, un amor que sobrepasa todo límite. Por ello el sacerdote que participa de la misma caridad pastoral de Jesucristo no puede amar a la Iglesia de otra manera que con la donación de sí mismo: “*maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amo a la Iglesia y se entregó a si mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua y la fuerza de la palabra*”¹⁶³. Es la misma donación quien nos da el claro ejemplo de amor por el otro.
- *La caridad pastoral del presbítero y el celibato*, la relación entre la caridad pastoral y el celibato fue planteado en el Vaticano II, “*el celibato es signo y estímulo de la caridad pastoral*”¹⁶⁴.

Todo esto se engloba en la experiencia de la donación como gratuidad por la vocación dada a los hombres, para el servicio de los demás. La experiencia del encuentro de amor

¹⁶² Mc 9, 30

¹⁶³ Ef 5, 25

¹⁶⁴ CONCILIO VATICANO II. *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros. Nº 16*

marca mucho el camino discipular en medio de todo, es el gran origen de la donación para toda la vida. Tiene grandes consecuencias y grandes misterios que poco a poco se van descifrando por la apertura de la gracia al hombre llamado a este encuentro de amor que es un proceso de cada día, solo es cuestión de brindar apertura a la gracias de Dios y donarse.

CONCLUSIONES

La alegría de ser sacerdote, radica en la experiencia del encuentro de amor con Dios que es el autor principal de esta vocación. Esa experiencia que desde el principio enamora al llamado con un sígueme que se vuelve un servicio de amor para los demás. De esta manera, el llamado es provocado por Dios, es Dios quien llama de manera gratuita a esa experiencia de discipulado amoroso; que es la mayor locura que Dios sigue haciendo en nuestro tiempo gracias a ese amor incondicional. Es Dios quien da el primer paso, sale de sí, enamora, seduce al hombre, para mostrar al hombre que la felicidad está en dar la vida por los demás. El gozo de ser sacerdote implica un encuentro amoroso con Dios a lo largo de toda su vida.

La experiencia del encuentro de amor, es un acontecimiento de cercanía, de entrega, de fidelidad y constancia en todo tiempo. Esta experiencia de amor tiene su raíz en el amor de Dios, quien llama de una manera peculiar, primero para formarse y luego salir a servir a los hombres. Es un encuentro de amor constante que implica una formación integral de la persona. La experiencia del encuentro de amor sobrepasa todas las fronteras de la realidad que el hombre pueda crear. Este acontecimiento supone una entrega libre y consciente por los demás desde la raíz de esta gracia que es camino de alegría, de encuentro con Dios para salir al encuentro de los demás.

El sacerdote al vivir esta experiencia de encuentro de amor con Dios, manifiesta que el acontecimiento del encuentro no solo es para algunos, sino para todos. Tal hecho tiene significado desde el paso de Dios que brinda a toda la humanidad, para que sean felices. Es un llamado a la ¡felicidad plena! como experiencia de cada día, donde también puede haber momentos de oscuridad y luz.

El sacerdote debe cuidar este don precioso; que va germinado como instrumento de gracia para toda la humanidad, como medio, como canal de la gracia de Dios para todos los hombres sin ninguna distinción. La maravilla de ser discípulo de Cristo es entregar la vida por los demás, generando encuentro entre Dios y los hombres. Esta obra es lo máximo porque implica entrega y sacrificio desde el corazón de Dios. El sacerdote

que busca con pasión y en la verdad, descubre que su vida está hecha para Dios y para los demás como servicio, como don para los demás, es una gracia poder vivir así.

No hay mayor gracia que donarse para los demás desde el acontecimiento del encuentro con Dios, es vivir de una manera excelsa, por el mismo hecho de tener una experiencia con Dios. El sacerdote en este encuentro no está solo, al contrario descubre que vive en comunión con Dios y con los demás; con él están muchos otros con el mismo anhelo en el corazón. Y el camino se hace más expedito, donde juntos se avanza mejor, donde existe la fraternidad, somos hermanos porque cada uno se reconoce en el otro y nos ayudamos, ya que tenemos el mismo encuentro con diferentes caracteres en nuestra historia personal.

La clave del sacerdocio es abarcado por la realidad de Dios, quien todo lo transforma por su gracia, de ahí que la debilidad del hombre no queda anulada, por el contrario es fortalecido, con su misma gracia. Dios llama a este encuentro que descifra al hombre, tal cual es, en su manera de pensar, de obrar y de amar desde el corazón de Dios. La alegría de este encuentro desborda al hombre porque descubre el fondo de su corazón que está hecho para amar sin media según el modelo de Jesús, el Buen Pastor.

Así, el sacerdote avanza cada día en este encuentro de amor, aunque a veces tiene la impresión de no avanzar por el mismo hecho. Pero siente también que el camino es duro, encuentra obstáculos, descubre sus ídolos, cambia su estilo de vida, sufre la duda y la impotencia, de ahí que acepta todo y sale vencedor por la gracia de Dios. El sacerdote es un hombre que mira el mundo con la perspectiva de Dios, quien tiene muchas funciones, pero que sobre todo está al servicio de los demás. No por esto debe perder su comunión con Dios, es decir, el sacerdote es sacerdote desde el corazón de Dios.

El encuentro de amor es una historia particular en cada sacerdote, porque tiene muchas fases, es un proceso gradual que poco a poco se va descubriendo. Donde la motivación fundamental es el amor de Dios que lo transforma todo en gracia, para un buen servicio a los demás.

Por lo tanto considero que la verdad del ser sacerdote. Es gracias a este acontecimiento del encuentro de amor con Dios como se vuelve servicio, don para los demás. Al empezar este trabajo señalé el objetivo principal, que es: valorar que en la raíz de todo ministerio sacerdotal hay un encuentro de amor, que lo transforma todo por el servicio al prójimo desde el corazón de Dios. Creo haber tocado el objetivo trazado desde

el principio como la realidad del sacerdote, que es movido por, con y en el amor de Dios para un servicio a los demás, como parte fundamental de la felicidad del sacerdote.

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES NORMATIVAS

1. a FUENTES CONCILIARES

CONCILIUM AECUMENICUM VATICAMUN II, constitutio dogmatica: *Lumen Gentium*, octubre, 2008.

CONCILIUM AECUMENICUM VATICAMUN II, constitutio dogmática: *Gaudium et Spes*, octubre 2008.

CONCILIUM AECUMENICUM VATICAMUN II, decreto: *Optatam Totius*, octubre, 2008.

CONCILIUM AECUMENICUM VATICAMUN II, decreto: *Presbiterorum Ordinis*, octubre, 2008.

CONCILIUM AECUMENICUM VATICAMUN II

2. b FUENTES PONTIFICIAS

JUAN PABLO Pp. II, Exhortación apostólica postsinodal: *pastores dabo vovis*, marzo 1992.

JUAN PABLO Pp. II, Carta encíclica: *redemptoris hominis*, marzo 1979.

JUAN PABLO Pp. II, Exhortación apostólica: *reconciliatio et paenitentia*, diciembre 1984

2. OTRAS FUENTES

2. a Libros

A. CENCINI, *Vida consagrada*, Ediciones, Sígueme Madrid, 1996.

A. CNCINI, *La formación permanente*, Ediciones Sígueme, Madrid, 2002.

A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor*, Ediciones Sígueme, España 2004

A. CENCINI, *Llamados a la belleza* Ediciones Paulinas, Madrid 2016.

- A. CENCINI, *Amarás al Señor tu Dios*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2012.
- A. MANARANCHE, *Al servicio de los hombres*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1969.
- B. MONDIN, *Antropología teológica*, Ediciones, San Pablo, Alba, 1997.
- B. LONERGAN, *Método en teología*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1988.
- F. RODERO, *El sacerdote en los padre de la Iglesia: antología de textos*, ediciones ciudad nueva, Madrid, 1993.
- G. GRESHAKE, *Ser sacerdote*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1995.
- G. SATURNINO, *Manual de espiritualidad sacerdotal*, ediciones monte Carmelo, Burgos –España, 2008
- J. M. URIARTE, *La caridad pastoral; su perfil y su centralidad*, Ediciones, San Sebastián, 2000.
- P. MONTAGUT, *La oración en la vida y el ministerio del sacerdote*, ediciones, biblioteca de autores cristianos, 2000.

2. b Documentos

- CONGREGACION PARA EL CLERO, *El presbítero ante el tercer milenio cristiano*, Ediciones Palabra, Madrid 2000.
- RATIO FUNDAMNETALIS INSTITUCIONES SACERDOTALIS, Congregación para el clero. *El don de la vocación presbiteral*, ediciones san pablo, Madrid, 2016

2. c Diccionarios

- DUFOR Xavier, vocación, Vocabulario de teología bíblica, Editorial Herder, Barcelona, 1965.

2. c Cartas

- JUAN PABLO Pp. II, A los sacerdotes con ocasión del jueves santo, 1979